



Coverley quise levantarse, pero estaba bastante mal herido.

EL BASTARDO

DE

MARTELLON

NOVELA

escrita en frances

POR ALEJANDRO DUMAS,

traducida

POR D. S. G.

TOMO VIII.



MALAGA.

IMPRESA DE MARTINEZ DE AGUILAR,

Calle del Marques.

N.º 10 y 12.

*Es propiedad de la
casa de Martinez de
Aguilar.*

EL BASTARDO

de Mauleon.

Llega Mothril á Toledo.

Mientras que unos y otros tomaban tan diversas disposiciones, Agenor tenia fija su vista en Montiel, y sabia por medio de espías bien pagados, que habiendo establecido Mothril un cordon militar entre el castillo y la ciudad de Toledo, iba casi todos los dias en un caballo árabe, ligero como el viento, á vi-

sitar á Aïssa restablecida ya de sus heridas.

Inútil es añadir que habia tratado de conseguir por todos los medios posibles la entrada en el castillo ó el ver á Aïssa, pero todo habia sido en vano.

Muzaron se habia puesto malo, á fuerza de pensar en ello.

En fin, Agenor no veia mas camino de salvacion que un combate próximo y general, que le permitiese matar á don Pedro por sus propias manos y cojer vivo al moro, de tal suerte, que por el rescate de tan odiosa vida, pudiese comprar la libertad de su querida Aïssa.

Este dulce pensamiento, sueño incesante que consumia sus horas, jxaltaba la ardiente imaginacion del éoven caballero.

Habia caido en un profundo disgusto de todo lo que no era la guerra activa y decisiva y como for-

maba parte del consejo de sus gefes, su opinion era siempre abandonar el asedio y obligar á don Pedro á una batalla campal.

Encontraba terribles adversarios en el consejo, porque el ejército de Enrique, escedia de veinte mil hombres, y muchos oficiales creian que hubiera sido una locura aventurar tan numerosas fuerzas con tan escasas probabilidades.

Pedro Agenor replicaba que si don Enrique no tenia á su disposicion mas que veinte mil hombres despues de su manifiesto, y que si no se daba á conocer por un golpe estrepitoso, sus fuerzas se disminuirian en vez de aumentarse, al paso que cada dia que transcurria llegaban por el Tajo nuevos refuerzos de sarracenos y portugueses que engrosaban las filas de don Pedro.

—Las ciudades están inquietas, decia, vacilan entre las dos bande

ras; ved la astucia con que don Pedro nos reduce á la inaccion que para todos es la prueba de nuestra impotencia.

Abandonad á Toledo, ya que no lo tomáis. Recordad que si salís vencedores, la ciudad se verá obligada á rendirse, mientras que ahora se sostienen impunemente; por el contrario, si el plan de Mothril se lleva á cabo, os vais á ver encerrados entre murallas de piedra y murallas de acero. Detrás de vosotros estará el Tajo guarnecido por 80.000 combatientes. Entonces será menester batirse, para no perecer cobardemente. Hoy podeis atacar para vencer.

Este discurso en el fondo era interesado; pero ¿qué buen consejo no lo es algo?

El condestable tenia demasiado talento y esperiencia de la guerra para dejar de apoyar á Mauleon. Quedaba la indecision del Rey, el

cual aventuraba mucho en tentar la fortuna sin haber tentado todas sus precauciones.

Fero lo que los hombres no hacen, lo hace Dios segun su voluntad.

Don Pedro estaba casi tan vivamente interesado como Agenor en poseer el bien que mas anhelaba en el mundo despues de su corona.

Cada vez que de noche cuando despachaba sus negocios, podia ir corriendo hasta Montiel resguardado con el cordon de tropas escojidas, y contemplar un cuarto de hora á la bella Aïssa tan pálida, tan meditabunda, el Rey se conceptuaba feliz.

Pero Mothril no queria concederle esta dicha, sino muy raras veces. El proyecto del sarraceno estaba maduro; su lazo estaba bien estendido para cojer la presa; no se trataba mas que de guardarla, porque un Rey en la emboscada

es como un león en las redes; nunca se puede decir que se le tiene hasta que está cogido.

Don Pedro había solicitado de Mothril que le entregase á Aïssa; le prometía casarse con ella, y elevarla al trono.

—No, le contestaba el moro, un Rey no debe celebrar su himeneo en vísperas de una batalla, ni está bien que se ocupe de amor, cuando tantos valientes van á esponder su vida en su defensa. No; esperad la victoria, y entonces todo os será permitido.

—Con estas razones contenía los ímpetus del monarca. Sin embargo, su idea era trasparente, y don Pedro la hubiera vislumbrado, sino hubiese estado ciego.

Mothril quería hacer á Aïssa Reyna de Castilla, porque sabía que esta alianza del monarca cristiano con una mora sublevaria la cristianidad, porque entonces todo el mundo

abandonaria á don Pedro; y los sarracenos tantas veces vencidos, estaban dispuestos á reconquistar la España y establecerse en ella para siempre.

Mothril entonces hubiera llegado á ser Rey de España; Mothril tan acreditado entre sus compatriotas, él que hacia diez años los guiaba paso á paso á esta tierra de promision, con adelantos que todos advertian, menos el Rey que estaba loco ó ébrio.

Mas como en caso de entregar á Aïssa y de dar una vuelta á las adversidades de don Pedro, era preciso, sin embargo, obrar lentamente y con seguridad, Mothril aguardaba una victoria decisiva que destruyese á los peores enemigos que los moros podian encontrar en España. Era menester que con el nombre de don Pedro ganasen los moros una gran batalla para matar á Enrique de Trastamara, Beltran

Duguesclin y todos los bretones; para indicar, en fin, á la cristianidad, que España era un pais accesible y fácil de franquear sus puertas, cuando se trataba de abrir un sepulcro á los invasores.

Era tambien preciso matar á Agenor de Mauleon, que era el mayor obstáculo á los proyectos de Mothril, á fin de que la jóven amante, templada en un principio con promesas y con la seguridad de una próxima reunion, y luego desalentada con la noticia de una muerte no sospechosa en el campo de batalla, se dejase llevar del arranque de la desesperacion para servir á Mothril de quien ya no tendria motivo para desconfiar.

El moro redobló sus muestras de cariño y sus esmeradas atenciones: llegó hasta el extremo de acusar á Hafiz de estar en inteligencia con doña María para engañar á Agenor ó perderle. Hafiz habia muerto

y no podia ya justificarse. Procuraba tambien dar á Aïssa noticias ciertas , y verosímiles de Agenor.

—Piensa en vos , la decia , os ama, vive con su señor el condestable, y no pierde la menor ocasion de hablar con los emisarios que yo le envio para tener noticias.

Tranquilizada Aïssa con estas palabras , aguardaba con suma paciencia , y hasta encontraba cierto encanto en esta separacion , que era para ella una garantia de que Mauleon no pensaria mas que en acercarse á ella.

Pasaba los dias en el aposento mas retirado del castillo. Allí , sola con sus compañeras , ociosa y pensativa , contemplaba con entusiasmo la campiña desde lo alto de una ventana que caia perpendicularmente sobre el golfo de los peñascos de Montiel.

Cuando don Pedro venia á visitarla , le mostraba esa benevolen-

cia glacial y acompañada, que en las mugeres incapaces de disimulo, es el supremo esfuerzo de la hipocresía. Esta frialdad era tan inteligible, que algunos fatuos la consideraban como la timidez de un principio de amor.

El Rey jamas habia experimentado resistencia. La mas activa de las mugeres, Maria de Padilla, le habia amado con extremo y preferido á todo. ¿Cómo no hubiera creído en el amor de Aïssa, sobre todo desde que la muerte de Maria, y las calumnias de Mothril le habian persuadido de que el corazon de su hija estaba puro de todo pensamiento.

Mothril vigilaba con la mayor actividad al Rey en cada una de estas visitas. La menor palabra de este principe tenia para él un gran valor. Pero no consentia que Aïssa contestase á ninguna de sus preguntas. Segun el moro decia,

el mal estado de salud de la jóven le exijia imperiosamente el silencio. Además le asustaba la idea de que don Pedro estuviese en inteligencia con las gentes del castillo, inteligencia que podia muy bien servir para poner en manos del Rey á Aïssa, como habia sucedido con otras tantas mugeres.

Mothril, soberano absoluto en Montiel, habia tomado sus precauciones. La principal era convencer á Aïssa de que aprobaba su amor con el caballero Mauleon. Pero har-to convencida estaba de esto la jóven.

De aquí resultó que el dia en que Mothril debia salir de Montiel para ir á tomar el mando de las tropas africanas que llegaban para dar la batalla, no tuvo mas que dos recomendaciones que hacer, una al subteniente; la otra á la misma Aïssa.

Este subteniente era el mismo que antes del combate de Navarrete, habia defendido tan mal la litera de Aïssa; pero ardia en deseos de tomar la revancha.

Era este subteniente un soldado mas bien que un servidor. Incapaz de sujetarse á las complacencias de Hafiz, no comprendia mas que la obediencia debida al gefe, y el respeto que los preceptos de la religion merecian.

Aïssa tampoco comprendia mas que una cosa, á saber: unirse eternamente á Mauleon.

—Yo salgo para la batalla, le dijo Mothril. He hecho un pacto con el señor de Mauleon, para que mutuamente nos evitemos en el combate. Si sale vencedor, debe venir á recogeros á este castillo, cuyas puertas le abriré, y huireis con él y conmigo, si es que me amais como á un padre. Si saliese vencido, recurrirá á mí, yo le condu-

diré á vuestra presencia y me será deudor á un mismo tiempo de su vida y de vuestra posesion... me amareis mucho , al ver tanto desinterés , Aïssa mia?

Vos debeis comprender , que si el Rey don Pedro supiese una sola palabra , si sospechase una sola idea de este plan , mi cabeza rodaria á sus pies antes de una hora , y vos, quedariais perdida eternamente para el hombre á quien amais.

Aïssa se deshizo en protestas de reconocimiento, y saludó este dia de luto y de sangre , como la aurora de su libertad y de su fortuna.

Despues de haber preparado asi á la jóven , dió sus instrucciones á su subteniente.

—Hassan, le dijo , el profeta va á decidir de la vida y la suerte del Rey don Pedro. Vamos á entrar en batalla. Si somos vencidos ó aun cuando salgamos vencedores y en la noche de la batalla no vuelvo

al castillo, es señal de que he sido herido, muerto ó prisionero; entonces abrirás la puerta de Aïssa; aquí tienes la llave; la coserás á puñaladas en compañe de sus dos doncellas, y la echarás al barranco desde lo alto de la roca. Porque no conviene que las buenas musulmanas queden espuestas á los insultos de un cristiano, llámese este don Pedro ó don Enrique de Trastamara. Vela mejor que en Navarrete: entonces tu vigilancia fue muy escasa, y yo te he perdonado, te he dejado vivir; esta vez el profeta te castigaria. Júrame, pues, ejecutar mis órdenes

—Lo juro! dijo Hassan con imperturbable serenidad, y despues de matar las tres mugeres, yo me suicidaré con ellas para que mi alma vele por las suyas.

—Gracias, respondió Mothril, pasando por su cuello su magnífico collar de oro. Tú eres un buen ser-

vidor y si salimos victoriosos, tendrás el mando de este castillo. Es preciso que Aïssa ignore hasta el último momento la suerte que la está reservada; es una muger, es débil y no debe sufrir la muerte mas que una vez. En cuanto á la victoria se apresuré á decir, no creo se nos escape de las manos. Asi las órdenes que te doy, son solo de pura precaucion para un caso que no llegará probablemente.

Despues de haber hablado asi Mothril, tomó sus armas y su mejor caballo, mandó que le acompañasen diez hombres decididos, y dejando á Hassan el mando de Montiel, partió durante la noche para encontrarse con don Pedro, que le aguardaba con impaciencia.

Mothril contaba con esta victoria y no se engañaba. Hé aquí cuales eran las probabilidades que tenia.

Cuatro contra uno. Socorros de

refresco que llegaban todos los momentos, y todo el oro de Africa enviado á España por una voluntad sorda é inmutable, la de una conquista, desiguio jamas abandonado, muchas veces destruido. Mientras los caballeros de Europa no combatian allí mas que por ambicion los unos, por deber religioso los otros, todos con tanta serenidad y muy lejos de desanimarse por un revés.

Si alguna vez hubo un acontecimiento brillante en medio de proyectos bien concertados, fue sin duda el de la batalla, que la historia ha designado con el nombre poético y caballeresco de Montiel.

Aíssa.

Don Pedro lleno de impaciencia, reunió todas sus tropas entre Montiel y Toledo.

Cubrían estas dos leguas de territorio, y se escalonaban hasta las montañas caballería é infantería con espléndido aparato.

Ya no había que dudar para don Enrique. Sostener una acción á la fuerza era vergonzoso para un pretendiente que en los campos de Cas-

tilla habia enarbolado esta divisa:
Quedar aqui Rey ó muerto.

Fue, pues, á buscar al condestable y le dijo:

—Esta vez, señor Beltran, pongo de nuevo en vuestras manos la suerte de mi reino. Vos vais á mandar las tropas. Podeis ser mas afortunado que en Navarrete, aunque no seais ni mas valiente ni mas entendido. Pero, bien lo sabeis, cristianos, lo que Dios no permite unas veces, lo consiente otras.

—Por consiguiente puedo mandar desde luego! exclamó el condestable con viveza.

—Como un Rey. Yo soy vuestro primer ó último ayudante, señor condestable, contestó el Rey.

—Y no decís vos lo que me dijo en París mi discreto y glorioso señor el Rey Carlos V. al darme la espada de condestable.

—Qué os dijo, buen Beltran?

—Me dijo, señor: La disciplina

se observa mal en mis ejércitos , que se pierden por falta de sumision y de justicia. Hay príncipes que se avergüenzan de obedecer á un simple caballero ; pero jamas se ha ganado una batalla sin el comun acuerdo de todos y la voluntad de uno solo. Así , vos mandareis , Beltran , y cualquier cabeza que se levante con intentos de desobediencia , aun cuando fuere la de mi propio hermano , la hareis bajar , ó rodar por el suelo si se obstinase en no someterse.

Estas palabras , pronunciadas delante de todo el cousejo , reasumian delicadamente la desgraciada batalla de Navarrete en la que la imprudencia de don Tello y de don Sancho , hermanos del Rey , habia causado la ruina de una gran parte del ejército.

Los príncipes que estaban presentes oyeron estas palabras de Duguesclin y se ruborizaron.

—Señor condestable, contestó el Rey, os he dicho que mandais; por consiguiente sois el amo. Cualquiera persona que no obre conforme á vuestras órdenes, y hasta á vuestros caprichos, la heriré yo mismo con esta hacha, bien sea mi aliado, mi pariente, ó mi hermano. En efecto, los que me estimen deben desear mi victoria, y esta no será facil de conseguir sino sometiéndose todos á las órdenes del mas entendido capitau de la cristiandad.

—Así sea, replicó Duguesclin. Acepto el mando; mañana daremos la batalla.

El condestable pasó toda la noche oyendo los informes de sus mensajeros y de sus espías.

Los unos anunciaban que nuevas tropas de sarracenos se estendian sobre los desastres del pais, desolado hacia un mes por ochenta mil hombres, como si fuesen una

nube de langostas.

—Ya es tiempo de que esto se concluya, dijo al Rey el condestable; porque estas gentes serian capaces de acabar con vuestro reyno, de modo que despues de la victoria no os quedase ni una mata.

Agepor, alegre, y con el corazon oprimido como sucede en la vispera de algun suceso que se desea, pero que va á decidir una importante cuestion, Agepor trató de entretener sus dolores y su inquietud, desplegando una actividad inaudita.

Siempre á caballo, comunicaba las órdenes, reunia y agrupaba las compañías, reconocia los terrenos y señalaba á cada destacamento su lugar para el siguiente dia.

Duguesclin dividió su ejército en cinco cuerpos.

Cuatro mil quinientos caballos mandados por Oliverio Duguesclin y el Tartamudo de Villena, forma-

ban la vanguardia.

Lo mejor de los franceses y españoles, en número de seis mil, componian el centro de la batalla, mandado por el mismo don Enrique de Trastamara.

Los aragoneses y los demas aliados estaban á retaguardia.

Una reserva de cuatrocientos caballos, á las órdenes de Oliverio de Mauny, estaba encargada de proteger las demas tropas en caso de retirada.

En cuanto al condestable habia tomado el mando de los tres mil bretones, cuyos capitanes eran Mauny, el mayor, Carlonnet, La Housaye y Agenor.

Esta division, bien montada y compuesta de hombres invencibles, debia dejarse caer como un brazo poderoso, donde quiera que lo considerase necesario el ojo del gefe para el éxito de la jornada.

Beltran hizo levantar sus solda-

dos antes del amanecer, y cada cual marchó lentamente á su puesto, de suerte que á la hora del alba el ejército se encontraba formado sin fatiga ni estrépito.

No se entretuvo en hacer grandes arengas.

—Pensad, les dijo, que teneis cada uno cuatro enemigos que matar, pero que valeis por diez. Esa miscelánea de moros, judíos y portugueses no puede luchar contra los soldados de Francia y de España. Herid sin piedad, matad á todos los que no fueren cristianos. Jamas me he complacido en el derramamiento de sangre, pero hoy la necesidad es para mí una ley.

Entre los moros y españoles no hay vínculo ni relacion alguna, se detestan mutuamente, solo el interés puede unirlos; pero tan pronto como los sarracenos se vean sacrificados á los españoles, tan pronto como vieren en medio de la con-

tienda conservar el cristiano á costa de la vida del infiel, la descianza penetrará en las filas de los moros, y pasado el primer momento de desesperacion volverán sus ojos al puerto de salvacion sin tardanza. Matadlos, pues, sin piedad!

Esta alocucion produjo el efecto acostumbrado. Un estraordinario entusiasmo circuló por todas las filas.

Entretanto don Pedro no dejaba su obra de las manos. Veíasele maniobrar con trabajo con aquellos inmensos quanto indisciplinados batallones africanos, cuyas brillantes armas y suntuosos uniformes relucian á los rayos del sol.

Cuando Dugesclin llegó á ver aquella multitud innumerable desde lo alto de una colina que habia escogido para observatorio, temió que el escaso número de sus soldados infundiese demasiada confianza á sus adversorios. Hizo, pues, desplegar

las filas de retaguardia para reforzar las de delante, de modo que á primera vista pareciesen iguales.

Hizo ademas plantar detras de las colinas innumerables hacecillos de banderas, para que los sarracenos creyesen que bajo ellas habia soldados.

Don Pedro vió todo esto: su genio se engrandecia con el peligro. Dirigió á sus españoles un elocuente discurso, y á los sarracenos promesas brillantes y pomposas. Pero por muy brillantes y pomposas que fuesen no podian equivaler á las esperanzas que sus aliados fundaban en sus propios despojos.

Sonaron las trompetas por parte de don Pedro; las de Duguesclin resonaron tambien, y un gran estruendo, semejante al de dos mundos que se precipitasen uno contra otro, conmovió el suelo y hasta los árboles de las colinas.

Se vió desde los primeros gol-

pes el efecto de la recomendacion de Dugesclin. Los bretones, no queriendo hacer prisioneros mahometanos, y llevando por do quiera el hierro y el fuego, al paso que respetaban á los españoles y á los cristianos, lanzaron una profunda desconfianza que se esparció como un estremecimiento de frio por todas las filas de los sarracenos.

Figuráronse que los cristianos de ambos partidos se entendian, y que saliese don Enrique vencedor ó vencido, los sarracenos serian las únicas víctimas.

Justamente su batalla habia sido atacada por el hermano de Dugesclin y el Tartamudo de Villéna: estos intrépidos bretones hicieron tal carniceria en torno suyo, que habiendo sido muertos los gefes y hasta el príncipe Benamarina, los moros tuvieron miedo y huyeron, quedando derrotado su primer cuerpo.

El segundo vacilaba, pero iba

avanzando con bastante intrepidez; Duguesclin mandó á la carrera á sus tres mil bretones, y les dió tan terrible carga, que la mitad de la division volvió grupas.

Entonces hubo una segunda carnicería: generales, aristocracia, soldados, todos salieron heridos. Ni uno solo pudo salvarse.

Duguesclin se volvió á su puesto; y lleno de furor, enjugándose el rostro, vió al Rey Enrique que volvia tambien de la persecucion, y que, segun la órden, ocupaba nuevamente su puesto con los suyos.

—Albricias, señores, dijo Beltran, esto marcha y casi por sí solo. Apenas hemos perdido mil hombres, y veinte mil sarracenos han mordido la tierra. Todo va bien.

—¡ Si eso dura! marmuró Enrique.

—A lo menos emplearemos todas nuestras fuerzas, replicó el condestable. Ved á ese Mauleon, que corre sobre el tercer cuerpo de los

sarracenos mandado por Mothril. El moro lo ha visto, y manda que lo arrollen; hé allí los caballeros que ya parten. Va á hacerse matar: tocad la retirada, trompetas.

Diez trompetas tocaron. Agenor prestó atención, y sumiso, como si estuviera haciendo un simple ejercicio, volvió á su puesto en medio de una granizada de flechas, que mellaban su buena armadura.

—Ahora, dijo el condestable, mi vanguardia ataca á los españoles, estas son buenas tropas, señores, y nos costará algo mas caro. Es menester dividirse en tres cuerpos y atacar por tres puntos.

El Rey, continuó, tomará la izquierda; Oliverio la derecha, y yo me quedaré á la espera.

No queria tocar á su reserva, ni á su caballería ligera.

Los españoles recibieron el choque como gentes que querian morir ó vencer.

Enrique, en su ataque al cuerpo de ejército de don Pedro, encontró la resistencia de odio y de un valor á toda prueba.

Los dos Reyes se veían desde léjos y se amenazaban sin poder reunirse.

En torno de ambos se levantaban montañas de hombres y armas que recíprocamente se batían; y luego estas montañas se deshacían como si las tragara la tierra, y el suelo absorbía el abundante lago de la turbia sangre.

La division de don Enrique se debilitó de repente; don Pedro habia tomado una terrible superioridad; combatia no como soldado, sino como leon. Ya habia sido muerto uno de sus escuderos: cambiaba su caballo por segunda vez: no tenia siquiera una herida, y su brazo blandia con tanta destreza el hacha de armas, que cada golpe hacia caer un hombre.

Vióse don Enrique rodeado de los moros de Mothril y de Mothril mismo, á quien se podia llamar el tigre, asi como á don Pedro le llamaban el leon. Los señores franceses quedaron diezmados al furor de los alfanjes y cimitarras de los moros: sus filas comenzaban á clarearse, y las flechas llegaban hasta el mismo pecho del Rey: si hubiera algun atrevido que se acercase bastante, hubiera podido tocarle con su lanza.

— Ya es tiempo! exclamó el condestable. Adelante, amigo mios! Nuestra Señora Duguesclin, nos llama á la victoria!

Los tres mil hombres bretones se comovieron con terrible estruendo, y formados en ángulo, penetraron como una cuña de acero en el ejército de don Pedro, cuya fuerza era de veinte mil hombres.

Por fin, habia llegado la hora tan deseada por Agenor de comba-

tir y apoderarse de la persona de Mothril.

En un cuarto de hora quedaron enteramente derrotados los españoles. La caballería morisca no pudo sostenerse contra el peso de los hombres de armas y los golpes de la terrible punta.

Mothril quiso huir; pero se encontró con los aragoneses y la gente del Tartamudo de Villena, mandados por Agenor de Mauleon.

Era preciso pasar á todo trance, so pena de verse encerrados dentro de aquella terrible muralla. Agenor podia ya considerarse árbitro de la vida y libertad de Mothril. Pero este, con trescientos hombres á lo mas, arrolló los bretones, perdió doscientos cincuenta caballos, y pasó: al pasar, descargó un golpe de cimitarra sobre la cabeza del caballo de Agenor, que le seguia á dos pasos de distancia.

Agenor cayó rodando por el sue-

lo, Muzaron disparó una flecha, si bien inútilmente; y Mothril semejante al lobo que huye, desapareció detrás de los montones de cadáveres en dirección de Montiel.

En este momento, don Pedro veía sucumbir los suyos. Sentía, por decirlo así, en su rostro, el soplo de sus mas encarnizados enemigos. Pero uno de ellos rompió su cimera de oro, y mató á su porta-estandarte: lo que constituia la vergüenza del príncipe salvó al hombre.

Don Pedro no se mostró por ello agradecido. La carniceria se llevó á cabo en torno suyo con atroz denuedo. Entonces fué cuando un caballero inglés de negra armadura, y con la visera estraordinariamente calada, cojió su caballo y le sacó del campo de batalla.

Cuatrocientos caballos ocultos detrás de un montecillo por el prudente amigo, fueron los únicos que

escoltaron al Rey fugitivo. Esto era todo lo que le quedaba á don Pedro de los ochenta mil hombres, que tenia al principiarse la jornada.

Como la llanura estaba cubierta de fugitivos en todas direcciones, Beltrau no supo distinguir la partida del Rey de otras que por allí se derramaban. Ni siquiera se sabia si don Pedro era muerto ó vivo. El condestable lanzó, pues, á la ventura su reserva, y los mil y quinientos caballos de Oliverio y de Manny en persecucion de los fugitivos. Pero don Pedro llevaba bastante delantera, merced á la escelencia de sus caballos.

No se pensó en seguirle; y ademas tampoco le conocian. Todos le consideraban como un fugitivo cualquiera.

Pero Agenor, que conocia el camino de Montiel y el interes que tenia don Pedro en refugiarse á es-

te punto, estaba muy alerta por esta parte.

Habia visto correr á Mothril en la misma direccion.

Adivinó desde luego cuál seria ese inglés que tan complaciente se mostraba con el Rey don Pedro.

Vió un cuerpo de cuatrocientos caballos escoltando á un hombre que les llevaba grande delantera, merced á la velocidad de su magnífico caballo.

Reconoció al Rey por su casco roto, por sus espuelas de oro ensangrentadas, y por el ansia con que miraba desde lejos las torres de Montiel. Agenor dirigió una mirada en torno suyo para ver si algun cuerpo del ejército podia auxiliárle en la persecucion de este precioso fugitivo, cortando la retirada á sus cuatrocientos caballos.

No vió mas que al Tartamudo de Villeua con mil y cien caballos, que descansaban como los demas

antes de entregarse á la persecucion general.

Beltran se hallaba demasiado lejos, para perseguir á los fugitivos, y alcanzar la victoria en todas partes.

—Señor, dijo Mauleon al Tartamudo; venid pronto en mi ayuda, si quereis cojer al Rey don Pedro, pues él es quien va por alli corriendo á buscar su salvacion al castillo.

—¿Estais seguro de ello? exclamó el Tartamudo.

—Como de mi propia vida! respondió Mauleon. Conozco al hombre que manda su caballería, es Caverley. Y por cierto que no da tan buena escolta al Rey, sino para cojorle mas á su sabor y venderle: esta es su condicion...

—Sí, exclamó el Tartamudo; pero no está bien que un inglés dé tan maguífico golpe, cuando aquí se encnentan tantas buenas lanzas

francesas.

Y volviéndose hácia sus caballeros:

—A caballo todos, exclamó el capitán; y vayan diez hombres á prevenir al condestable que vamos hácia Montiel á busear al monarca vencido.

Los bretones cargaron con tanta furia, que dieron alcance á los caballos de la escolta.

Entonces el capitán inglés dividió su gente en dos cuerpos, el uno siguió en pos del que Agenor suponía ser el Rey, y el otro se hizo firme delante de los bretones.

—A la carga! á la carga! gritó Agenor, no quieren mas que ganar tiempo para que el Rey entre en Montiel.

Desgraciadamente para los bretones, habia delante de ellos un desfiladero, y no pudieron batirse con los ingleses fugitivos.

—¡Vamos á perder esta ocasion!
; Qué se nos escapan! gritó Mau-
leon; valor, bretones, valor!

—Sí, nos libraremos de tí, bear-
nés del diablo! gritó el caballero
inglés que mandaba aquella escolta:
ademas si quieres cogernos, acér-
cate!

Hablaba con tanta confianza, por-
que Agenor; impelido por su ac-
tividad y por su estremado celo,
se adelantaba á todos sus compañe-
ros, y aparecia casi solo delante de
las doscientas lanzas inglesas.

El intrépido jóven no se detu-
vo á la vista de tan terrible peli-
gro. Metió sus espuelas al caballo,
que estaba blanco de espuma.

Caverley era atrevido, y por
otra parte su ferocidad natural se
acomodaba á una victoria que le
parecia infalible.

Colocado como estaba en medio
de su gente, esperó á Mauleon afir-
mándose bien en sus estribos.

Vióse entonces el curioso espectáculo de un caballero que se avanzaba con la cabeza baja sobre doscientas lanzas enristradas.

—Oh! el cobarde inglés! gritó de lejos el Tartamudo... Oh cobarde, cobarde!... Alto, Mauleon, es demasiada caballeria!... Cobarde, cobarde inglés!

Caverley quedó corrido de vergüenza. Ante todo era caballero y debía dar un lanzaso en honor de su nacion y de sus espuelas de oro.

Salió de las filas y se puso en ademan de combatir.

—Yo tengo ya tu espada, dijo gritando Mauleon, que avanzaba veloz como el rayo. No estamos aquí en la Caverna de Montiel, y antes de poco tendré toda la armadura.

—Toma por lo pronto la lanza, replicó el jóven, descargando sobre su contrario tan furioso golpe, que el inglés saltó de la silla y rodó

por el suelo con su caballo.

—Hurra! gritaron los bretones, ébrios de gozo y avanzando siempre.

Viendo esto los ingleses, volvieron bridas y trataron de incorporarse con sus compañeros que huían por la llanura, abandonando al Rey llevado hácia Montiel por su excelente caballo.

Caverley quiso levantarse, pero estaba bastante mal herido en los riñones; su caballo, al desprenderse de él, le dió una coz en el pecho y lo volvió á tirar al suelo, inundado ya por un lago de sangre negra.

—Por vida del diablo! murmuró, esto se acabó, ya no podré cojer á nadie... me muero!

En seguida espiró.

En el mismo instante llegó toda la caballería bretona, y los mil y cien ginetes cubiertos de hierro pasaron como un huracan sobre el

cadáver de aquel famoso cazador de Reyes.

Pero esta tardanza habia salvado á don Pedro. En vano, con esfuerzos heróicos, dió el Tartamudo nuevo aliento á sus hombres y á sus caballos.

Los bretones corrieron llenos de rabia con peligro de rebentar sus caballos; pero no llegaron á cojer la pista de don Pedro, sino á tiempo que este príncipe entraba en la primera barrera del castillo, y por consiguiente se hallaba ya seguro, porque la puerta acababa de cerrarse. Daba gracias á Dios, por haberse librado esta vez. Mothril hacia un cuarto de hora que habia entrado.

Desesperado el Tartamudo, se arrancaba los cabellos.

—Paciencia, dijo Agenor, no perdamos tiempo y mandad embestir la plaza: lo que no hemos hecho hoy lo haremos mañana.

El Tartamudo siguió este consejo: distribuyó toda su caballería al rededor del castillo, y sobrevino la noche en el mismo momento en que acababa de cerrarse la última salida á cualquiera que intentase salir de Montiel.

El sitio de Montiel.

No bien se acababa de formar el cerco cuando llegó Duguesclin con tres mil hombres, y supo de Agenor la importante noticia.

—¡Qué desgracia! exclamó, porque la plaza es inespugnable.

—Señor, veremos, suplicó Mautleón; si no se puede entrar en el castillo, tampoco se podrá salir.

El condestable no era un hom-

bre crédulo. Respecto al talento de don Pedro tenia una opinion tan favorable , como era por la inversa la que tenia sobre su carácter.

Cuando dió vuelta al rededor de Montiel , y reconoció la plaza, cuando se convenció de que con una buena guardia se podia impedir que nadie saliese del castillo, dijo:

—No , señor de Mauleon , no tenemos nosotros esa fortuna que nos habiais hecho esperar. No , el Rey don Pedro no se ha encerrado en Montiel , pues harto conoce que se le bloquearia y se le tomaria por hambre.

—Yo os protesto , Monseñor , replicó Mauleon , que Mothril está en Montiel , y el Rey don Pedro con él.

—Lo creeré cuando lo vea , repuso el condestable.

—¿ Qué guarnicion tiene el castillo ? preguntó Beltran.

—Cerca de trescientos hombres, señor.

—Pues, si quieren esos trescientos hombres, con solo arrojarnos piedras sobre nuestras cabezas, nos matarán cinco mil hombres, sin que nosotros podamos siquiera enviarles una flecha. Mañana vendrá aquí don Enrique: se halla ocupado en intimar la redición á Toledo. Así que llegue, deliberaremos á ver si vale mas partir que perder aquí un mes para nada.

Agenor quiso replicar. El condestable era terco como un breton, y no consintió la réplica, ó por mejor decir, no se dejó convencer.

En efecto, al dia siguiente llegó don Enrique, entusiasmado con su victoria.

Traía un ejército ébrio de gozo y cuando llegó el momento de deliberar en su consejo sobre la cuestion de si don Pedro se hallaba ó no en Montiel:

—Yo pienso como el condestable, dijo el Rey: don Pedro es demasiado astuto para haber ido á encerrarse en una plaza sin salida. Es menester, pues, dejar aqui una pequeña guarnicion para inquietar á Montiel, obligar al castillo á que capitule, y no dejar á nuestras espaldas una plaza, que se envanezca de no haber sido tomada; pero nosotros pasaremos adelante; á Dios gracias tenemos mas que hacer y don Pedro no está abí.

Agenor estaba presente á la discusion.

—Señor, dijo, yo soy muy jóven aun y tengo muy poca experiencia, para que pueda levantar mi voz en medio de tan valientes y esclarecidos capitanes; pero mi conviccion es tal, que nada será capaz de destruirla. Yo he reconocido á Caverley que seguia al Rey, y Caverley ha sido muerto! Yo he visto á don Pedro entrar en Montiel, he reco-

nocido su cimera rota, su escudo descompuesto, sus espuelas de oro ensangrentadas.

—Y no sería posible que el mismo Caverley se hubiese engañado? replicó don Enrique. Yo también he cambiado mis armas en Navarrete con un fiel servidor; no puede haber hecho lo mismo don Pedro?...

—Esta última respuesta obtuvo el asentimiento general.

Agenor conoció que le habían derrotado nuevamente.

—Espero haberos convencido, le dijo el Rey.

—No señor, replicó humildemente, pero yo nada puedo decir contra las luminosas ideas de V. M.

—Es menester convencerse, caballero de Mauleon.

—Haré todo lo posible, contestó el joven con un dolor que no podía disimular.

En efecto; qué cruel posición para este amante tan tierno! Don

Pedro estaba encerrado con Aïssa; don Pedro, que exasperado con su derrota ya no debía guardar ningun género de complacencia. Con la imágen de una muerte cercana, cómo seria posible que este príncipe sin fé, dejase de anticipar á su agonía el postrer arranque de voluptuosidad que le ofrecia la misma contraria fortuna? Cómo seria posible que hubiera dejado intacta y en poder de otro á la jóven que amaba y que la violencia podia poner en sus brazos?

Ademas, no estaba allí Mothril, ese artífice de odiosas intrigas, y capaz de todo, con tal de dar un paso mas en su política ávida y sanguinaria.

Entregado á estas reflexiones, volvíase loco Agenor de despecho y de cólera. Comprendió que guardando por mas tiempo su secreto, se esponia á dejar partir á don Enrique, con su ejército y el con-

destable, y que entonces don Pedro, muy superior en ánimo y en talento á los gefes subalternos, que quedasen delante de Montiel, trataria de escaparse despues de haber sacrificado á Aïssa al capricho de un momento de enojo.

Tomó, pues, una resolucion decisiva, y pidió al Rey una conferencia secreta.

—Señor, le dijo entonces, hé aquí por qué don Pedro se ha refugiado en Montiel, á pesar de todas las apariencias. Este es un secreto, que yo guardaba, porque es mio; pero debo comunicárselo á V. M. por el interes de vüestra gloria.

Don Pedro ama apasionadamente á Aïssa, hija de Mothril. Quiere casarse con ella. Por esto ha consentido que el moro asesine á doña Maria de Padilla, asi como por doña Maria habia mandado asesinar á doña Blanca de Borbon.

—Con que Aïssa está en Montiel? exclamó don Enrique.

—Si señor, allí está, replicó Agenor.

—Eso es una cosa de que estais tan seguro como de la otra.

—Muy seguro estoy de esto, señor, porque un amante sabe siempre donde está su querida.

—Qué, amáis á Aïssa? á una mora?

—La amo con delirio, señor, la amo tanto como puede amarla don Pedro, con la diferencia de que por mí Aïssa se hará cristiana, mientras que si don Pedro quiere poseerla, cojerá un puñal y se matará.

Púsose pálido Agenor al pronunciar estas palabras, porque tales ideas desesperaban al pobre caballero. Por otra parte, aun que Aïssa se matase por no quedar deshonrada, siempre venia á resultar que Agenor la perdía para siempre.

Esta ingénua manifestacion dejó á don Enrique perplejo y confuso por demas.

—Esa sí que es una razon poderosa, murmuró el Rey: pero decidme cómo sabeis que está en Montiel Aïssa.

Agenor refirió punto por punto la muerte de Hafiz y los pormenores de la herida de Aïssa.

—Teneis algun proyecto? dijo el Rey.

—Uno tengo, señor, y si V. M. me quiere prestar su ayuda pondré en vuestras manos á don Pedro antes de ocho dias, asi como la última vez os he dado noticias ciertas de su paradero.

El Rey mandó venir al condestable, al cual contó nuevamente Agenor todo lo que habia dicho.

—Yo no puedo creer que un príncipe tan cruel y tan astuto, se deje cojer por el amor de una dama, replicó el condestable; pero el

señor de Mauleon tiene mi palabra de ayudarle en cuanto guste, y le ayudaré.

—Dejad, pues, la plaza cercada, dijo Agenor; mandad abrir un foso todo al rededor y construid una trinchera detras de la cual se oculten no soldados, sino vigilantes y entendidos oficiales.

Yo y mi escudero, nos alojaremos en un sitio conocido, desde donde oiremos hasta el menor ruido que haya en la plaza. Don Pedro, si vé un grande ejército de sitio, va á creer que se sabe su llegada á Montiel y desconfiará; pero la desconfianza es la salvacion de un hombre tan hábil y tan peligroso. Haced salir para Toledo todas vuestras tropas, no dejando en la trinchera mas que dos mil hombres, muy suficientes para atacar el castillo y sostener una salida.

Cuando don Pedro crea que se le está haciendo la guardia descuida-

damente, tratará de salir, y entonces os avisaré.

Apenas Agenor habia desenvuelto su plan, logrando cautivar la atencion del Rey vinieron á anunciar al condestable la llegada de un parlamentario, de parte del gobernador de Montiel.

—Que le hagan entrar aqui, dijo Beltran, y que se explique.

Era este un oficial español, llamado Rodriguez de Sanatrias. Venia á anunciar al condestable que la guarnicion de Montiel, veia con inquietud un aparato de fuerzas tan considerable. Que los trescientos hombres que estaban encerrados en el castillo con un solo oficial, no querian batirse mucho tiempo, puesto que no conservaban ya esperanza alguna despues de la salida y derrota de don Pedro.

—Veis como no está allí!

—Con que os rendireis? preguntó el condestable.

— Como valientes , si señor , despues de cierto tiempo , porque es menester que el Rey don Pedro no nos acuse á su vuelta de haber abandonado su causa sin tirar un tiro.

— Pues se decia que estaba el Rey con vosotros , dijo don Enrique.

El español se echó á reir.

— El Rey está muy lejos , contestó , y ademas qué vendria á hacer aqui , donde los que podemos ser atacados de la manera que vos nos atacareis , no tenemos mas remedio que rendirnos ó morir de hambre.

El condestable y el Rey dirigieron una nueva mirada á Agenor.

— Y en ese caso qué pedís positivamente ? preguntó Daguesclin , formulad vuestras condiciones.

— Una tregua de diez dias , dijo el oficial , para que don Pedro tenga tiempo de venir á socorrernos. Despues nos rendiremos.

— Con que asegurais positivamente

te, dijo el Rey, que don Pedro no está en la plaza?

—Positivamente, Monseñor, de otro modo no vendriamos á solicitar nuestra salida. Porque al salir nos veriais á todos, y por consiguiente reconoceriais al Rey. Y si hubiésemos mentido, nos castigariais; y si aprehendieseis al Rey, le guardariais muchas consideraciones?

El condestable no contestó.

Enrique de Trastamara, tuvo tambien bastante energía para reprimir el sanguinario arranque que la sola suposicion de la captura de don Pedro hizo brillar en sus ojos.

—Os concedemos la tregua, dijo el condestable, con la única condicion de que nadie saldrá del castillo.

—Pero, y nuestros víveres, señor, dijo el oficial.

—Ya se os abastecerá. Nosotros iremos junto á vosotros, pero vosotros no saldreis.

—Entonces, no es una tregua ordinaria, murmuró el oficial.

—Y para qué queriais salir? para poneros en salvo! pero si al fin pasados diez dias os concedemos vuestras vidas!...

—Nada mas tengo que decir, replicó el oficial, acepto desde luego: ¿me dais, señor, vuestra palabra?

—Puedo darla, señor? preguntó Beltran á don Enrique.

—Dadla, condestable.

—Os la doy, respondió Duguesclin: diez dias de tregua y la conservacion de la vida para toda la guarnicion de Montiel.

—Para toda?...

—Escusado es decir, exclamó Mauleon, que no hay que hacer restricciones algunas, puesto que vos mismo decis que don Pedro no está en la plaza.

Estas palabras se le escaparon al jóven, á pesar del respeto que debia á sus dos gefes y se dió el

parabien de haberlas pronunciado, porque una palidez visible pasó como una nube por el semblante de Rodrigo de Sanatrias.

Hizo un saludo y se retiró.

Cuando se hubo marchado:

—Estais convencido? preguntó el Rey, jóven terco, pobre amante...

—Convencido de que don Pedro está en Monticl, si señor, y que antes de ocho dias le tendreis en vuestras manos.

—Ah! exclamó el Rey, eso es lo que se llama terquedad.

—Y sin embargo, no es breton, dijo Beltran sonriéndose.

—Señores, don Pedro hace el mismo papel que nosotros queriamos hacer. Seguro de no poder escaparse por fuerza, trata de conseguirlo por astucia. En su concepto, vosotros estais convencidos de que se halla fuera de la plaza: le concedéis una tregua, haceis descuida-

damente la guardia ; pues bien , vá á pasar , oh ! os lo digo , que va á pasar y á ponerse en salvo. Pero nosotros estaremos allí , sí , tengo esperanza. Lo que á vosotros os prueba que está fuera de Montiel , me prueba á mi que está dentro.

Agenor dejó la tienda del Rey y del condestable con un ardor fácil de concebir.

—Muzaron , dijo , busca la tienda mas elevada de todo el ejército y coloca en ella mi bandera de modo que se pueda ver perfectamente desde el castillo. Aïssa la conoce , la verá , sabrá que estoy cerca de ella , y conservará todo su ánimo.

Respecto á mis enemigos , viendo mi pendon sobre la trinchera , me creerán allí y no sospecharán que vamos á deslizarnos nuevamente en la gruta del manantial , vamos , valiente Muzaron , vamos ; hagamos este supremo esfuerzo y

llegaremos al fin.

Muzaron obedeció. La bandera de Agenor empezó á ondear orgullosamente sobre las demas.

La estratagema del vencido.

El Rey Enrique partió delante de Montiel con el eondestable y el ejército.

No quedaron mas que dos mil bretones y el Tartamudo de Villena al rededor de la trinchera.

El amor habia inspirado á Mauleon. Cada una de sus reflexiones era un reflejo de la verdad.

Hablaba en efecto como si hu-

biera oído todo lo que había pasado en el castillo.

Apenas llegó, después de la batalla, el Rey don Pedro sin aliento, sofocado, echando espumas de cólera, se acostó sobre un tapiz en el cuarto de Mothril y se quedó inmóvil, mudo, inaccesible, haciendo esfuerzos sobrehumanos para concentrar en el fondo de su corazón el furor y la desesperación que dentro de su pecho hervían.

Muertos todos sus amigos! Su magnífico ejército derrotado! Tantas esperanzas de venganza y de gloria anonadadas en el corto espacio de tiempo que tarda el sol en dar la vuelta al horizonte!....

Y sin remedio alguno para en adelante! la fuga, el destierro, la miseria!... combate de partidarios vergonzosos y sin resultados... una muerte indigna sobre un campo de batalla indigno también.

Ya no tenía amigos! Este prin-

cipe que jamas habia amado , experimentaba mas crueles dolores con dudar solo del cariño de los demas.

Porque ordinariamente los Reyes confunden el respeto que se les debe con el cariño que debieran inspirar. Teniendo el uno , se pasan sin el otro.

Don Pedro vió entrar en su cuarto á Mothril , surcado de manchas encarnadas. Su armadura estaba muy estropeada ; por algunos de sus agujeros salia una sangre que no era la de sus enemigos.

El moro estaba lívido. Ocultaba en sus ojos una feroz resolucion. Ya no era el sumiso sarraceno , sino un hombre orgulloso é intratable que iba á dirigirse á su igual.

— Rey don Pedro , le dijo , con que estás vencido?

Don Pedro levantó la cabeza y leyó en los ojos del moro toda la transformacion de su carácter.

—Sí, respondió don Pedro, y para no levantarme ya mas.

—Te entregas á la desesperacion? exclamó Mothril? No vale tu Dios tanto como el nuestro! Yo estoy vencido tambien, y herido ademas, pero no desespero: he orado, y ya me considero fuerte.

Don Pedro bajó la cabeza con resignacion.

—Es cierto, dijo, me habia olvidado de Dios.

—Desgraciado Rey!... Y aun no sabes la mayor de tus desgracias. Con la corona vas á perder la vida.

Don Pedro se estremeció, y lanzó á Mothril una terrible mirada.

—Vas á asesinarme tú? exclamó.

—Yo, yo que soy tu amigo, tú estás loco, Rey don Pedro! Demasiados enemigos tienes sin que yo lo sea tambien; ademas de que, si yo quisiese tu muerte no tenia necesidad de empapar mis manos en tu sangre. Levántate y ven á mi-

rar conmigo la llanura.

En efecto, la llanura se iba cubriendo de lanzas y de corazas, que iluminándose con los rayos del sol que se ponía formaban al rededor de Montiel un círculo de fuego cada vez mas estrecho.

—Cercados! estamos perdidos! Ves bien, don Pedro? dijo Mothril. Porque este castillo, inespugnable, aun dado que hubiese víveres en abundancia, no puede alimentar su guarnicion ni su Rey; por eso te quieren envolver... te han visto... estas perdido.

Don Pedre no respondió desde luego.

—Me han visto?... Quién me ha visto?

—Pues crees tú que solo por apoderarse de Montiel, inútil fortaleza, se haya colocado allí la bandera del Tartamudo de Villena... y mira, no ves allá bajo los pendones del condestable que ya llega: tendrá

necesidad de Montiel el condestable? No, á tí es á quien se busca, á tí es á quien se quiere.

—No me tedarán vivo, dijo don Pedro.

Mothril no respondió nada, don Pedro continuó con ironía.

—El fiel amigo, el hombre lleno de esperanza que no tiene siquiera la suficiente para decir á su Rey: vivid, y esperad.

Estoy buscando los medios de hacerte salir de aquí, dijo el moro.

—Tú me proscribes?

—Yo quiero salvar mi vida: no quiero verme obligado á matar á Aïssa, porque no caiga en poder de los cristianos.

El nombre de Aïssa hizo subir la sangre á la frente de don Pedro.

—Por ella me han cojido en el lazo, murmuró. Sin el deseo de volver á verla yo me hubiera refugiado en Toledo. Toledo puede

defenderse... allí no se muere uno de hambre. Los toledanos me quieren, y darán su vida por defenderme. Entre los moros de Toledo podía yo dar la última batalla y encontrar una muerte gloriosa: ¿quién sabe? la de mi enemigo el bastardo de Alfonso, la de Enrique de Trastámara! una muger me ha conducido á mi ruina.

—Mejor hubiera querido verte en Toledo, dijo friamente el moro, porque yo hubiera arreglado tus asuntos en tu ausencia... y los míos.

—Y aquí no harás nada por mí! exclamó don Pedro, cuyo furor comenzaba á tomar un libre vuelo. Pues bien, miserable, acabaré aquí mis días; sea en buen hora, pero no será sin castigarte antes por tus crímenes y por tu deslealtad: además, aun tengo que saborear mi última dicha: esa Aïssa que me has ofrecido será mía esta misma noche.

—Te engañas, dijo el moro con calma. Aïssa no será tuya.

—Te olvidas de que mando aquí á trescientos guerreros?

—Te olvidas de que no puedes salir de este cuarto si yo no quiero; que si te mueves, caerás tendido á mis pies, y que arrojaré tu cuerpo á los soldados del condestable, los cuales acojerán mi presente con trasportes de júbilo?

—Traidor! murmuró don Pedro.

—Loco! ciego! ingrato! exclamó Mothril; dí mas bien libertador!... Tú puedes huir, puedes recobrarlo todo con la libertad: fortuna, cetro, nombradía, huye, pues, y sin perder tiempo; no irrites á Dios con nuevos desórdenes, con nuevas exacciones y no injurias al único amigo que te queda.

—Es un amigo, quien así me habla?

—Quisieras mejor que te adulase para entregarte?

— Me resigno... qué quieres hacer?

— Voy á enviar un heraldo á esos bretones que te acechan... Te creen aqui, y es preciso burlarlos. Si vemos que pierden la esperanza de una importante captura, aprovechemos los momentos, huye á la primera ocasion que su negligencia te presente. Vamos á ver, ¿tienes aqui algun hombre adicto y sagaz, que puedas enviarles?

— Tengo á Rodrigo de Sanatrias, un capitan que me lo debe todo.

— Esa no es una razon... Espera de tí alguna cosa?

Don Pedro se sonrió con amargura.

— Verdad es, dijo; solo son amigos los que esperan algo. Pero yo le haré esperar.

— Corriente, pues que venga.

Mientras que el Rey llamaba á Sanatrias, Mothril hizo subir algunos moros al rededor del cuarto de

Aïssa para que la vigilasen.

Don Pedro pasó gran parte de la noche, discutiendo con el español sobre los medios de entrar en parlamento con el enemigo. Rodrigo era tan ingenioso como leal; comprendió además que de la salvacion de don Pedro pendia la de todos y que por apoderarse del Rey vencido los vencedores sacrificarian diez mil hombres, demolerian el peñasco, y harian perecer á todo el mundo á hierro y fuego, consiguiendo al cabo el objeto de sus deseos.

Al dia siguiente, don Pedro vió con desesperacion las banderas de don Enrique de Trastamara.

Para separar á un Rey de su camino y á un condestable de sus planes era preciso que estuviesen seguros de coger en Montiel algo mas que una guarnicion.

Don Pedro despachó sin tardanza á Rodrigo de Sanatrias, el cual desempeñó su comision con la saga-

cidad y buen éxito que hemos visto.

Llevó al castillo noticias, que colmaron de gozo á todos los prisioneros.

Don Pedro no cesaba de preguntarle pormenores, sacando de cada cosa las inducciones mas favorables: la partida de las tropas del Rey y del condestable, acabó de demostrarle cuán prudente y eficaz habia sido el consejo del moro.

—Ahora, dijo Mothril, ya no tenemos que temer mas que un enemigo ordinario. Venga una noche oscura y estamos salvos.

Don Pedro no podia contener su alegria; se habia vuelto afectuoso y comunicativo con Mothril.

—Escucha, le dijo, conozco que te he tratado mal; tú mereces ser algo mas que ministro de un Rey vencido. Me casaré con Aissa y quedaré unido á tí con vínculos muy fuertes. Dios me ha abandonado, yo abandonaré á Dios. Me haré se-

cuaz de Mahoma , puesto que él es quien me salva por medio de tu voz. Los sarracenos me conocen ya por mis hechos ; saben que soy buen capitan y valiente soldado ; yo les ayudaré á reconquistar la España , y si me juzgan digno de mandarlos , volverá á sentarse con mi ayuda en el trono de ambas Castillas , un Rey mahometano para vergüenza de la cristiandad , que se ocupa en reyertas intestinas , en lugar de atender seriamente al interés de la religion.

Mothril escuchaba con sombría desconfianza las promesas dictadas por el miedo ó por el entusiasmo.

— Procura salvarte , decia , y despues veremos.

— Yo quiero , replicó don Pedro , que tengas de mis promesas una prenda mas firme que mis palabras. Haz venir á Aïssa ; delante de ella te empeñaré mi fe , tú escribirás mis promesas y á continuacion es-

tamparé yo mi firma. Asi haremos una alianza en lugar de un arreglo.

Empeñándose de este modo, don Pedro habia recobrado toda su astucia, toda su antigua fuerza. Conocia que dando á Mothril la esperanza de un porvenir, le impedía que abandonase enteramente su causa, y que sin esta esperanza Mothril era hombre capaz de entregarle á sus enemigos.

El moro por su parte, habia tenido el mismo pensamiento; pero veia un medio de salvar á don Pedro, es decir, de encender una guerra, cuyos resultados fuesen todos favorables á su causa, mientras que cojido ó muerto don Pedro, no tenian ya los sarracenos el menor pretesto para continuar una guerra ruinosa contra enemigos cada vez mas invencibles.

Don Pedro era un hábil capitán, circunstancia que Mothril conocia

muy bien. Don Pedro sabia cuáles eran los recursos de los moros, y reconciliándose con los cristianos podía hacerles un mal incalculable.

Por otra parte, Mothril tenia con él la solidaridad del crimen y de la ambicion, vínculos misteriosos cuya fuerza y estension es imposible calcular.

Escuchó, pues, favorablemente á don Pedro y le dijo:

—Acepto con reconocimiento vuestras ofertas, mi buen Rey, y os pondré en estado de poder realizarlas. Vos quereis ver á Aïssa, yo os la enseñaré; únicamente os pido que no alarmeis su modestia con discursos asaz apasionados, pues no debeis olvidar que está en la convalescencia de una cruel enfermedad.

—De nada me olvidaré, respondió don Pedro.

Mothril fue á buscar á Aïssa, la cual estaba sumamente inquieta por no tener noticias de Mauleon. El

ruido de las armas, las pisadas de los sirvientes y soldados le anunciaban la inminencia del peligro; pero lo que ella mas temia, era la venida de don Pedro, y esta venida la ignoraba.

Mothril que le habia hecho tantas promesas, debió engañarla nuevamente. Temia que ella descubriese delante del Rey la escena de la muerte de doña María de Padilla. Esta entrevista era terrible; pero no podia negársela al Rey.

Hasta entonces habia evitado toda clase de esplicaciones; pero esta vez don Pedro iba á interpelar, Aïssa iba á decir cuando sabia...

—Aïssa, dijo el moro á la jóven, vengo á anunciarte que don Pedro ha sido derrotado, y que se halla escondido en esta fortaleza.

Aïssa se puso pálida.

—Quiere veros y hablaros, no lo rehuséis... porque él manda aquí... Además, esta misma tarde se mar-

cha; y es mejor quedar con él en buena armonía.

Aïssa parecia creer en las palabras del moro. Sin embargo, una agitacion dolorosa le advertia de que la esperaba una nueva desgracia.

—Yo no quiero hablar al Rey, contestó, ni verle siquiera, antes de volver á ver al caballero Mauleon, que vos me habeis prometido traer aquí, vencedor ó vencido.

—Pero don Pedro aguarda...

—Qué me importa!

—Ya os he dicho que manda...

—Tengo un medio de sustraerme á su autoridad: bien lo sabeis... Qué me habeis prometido?...

—Yo cumpliré mis promesas, Aïssa, pero ayudadme.

—Yo no ayudo para engañar á nadie.

—Muy bien; entonces, entrega mi cabeza... estoy pronto á morir.

Esta amenaza producía siempre su efecto en el ánimo de Aïssa. Acostumbrada á los medios espeditos de la justicia árabe, sabía que al menor gesto de un señor, caían las cabezas de sus servidores; y no podía menos de considerar asaz comprometida en este negocio la de Mothril.

—Qué me dirá el Rey? preguntó: y cómo le hablaré?

—En mi presencia...

—Eso no basta: quiero que haya mas gente delante.

—Os lo prometo.

—Quiero asegurarme.

—Cómo?

—Este cuarto en que estamos da á la plataforma del castillo. Guarneced de hombres esta plataforma, y que mis doncellas me hagan compañía. Llevando allí mi litera yo oiré todo cuanto diga el Rey.

—Aïssa, se hará como deseais, contestó Mothril.

—Ahora qué me dirá don Pedro?

—Os propondrá que os caseis con él.

Aïssa hizo un gesto muy violento que indicaba su repugnancia.

—Bien lo sé, interrumpióla Mothril, pero dejadle hablar... considerad que se marcha esta noche...

—Pero yo no responderé.

—Al contrario, responderéis con cortesía, Aïssa.... Veis todos esos hombres españoles y bretones que cercan el castillo: esas gentes van á apoderarse de nosotros á la fuerza y á darnos la muerte si encuentran al Rey con nosotros. Dejemos partir á don Pedro para salvarnos

—Pero, y el señor de Mauleon?

—No podría salvarnos, si don Pedro estuviese aqui.

Aïssa interrumpió á Mothril.

—Mentís, le dijo ella, y ni siquiera podeis lisonjearme con la idea

de que se reuna conmigo. En donde está?... qué hace? vive aun?...

En este mismo momento, Muzaron por orden de su señor, hacía ondear al viento la baudera bien conocida de Aïssa.

La jóven percibió esta señal querida. Entonces juntó las manos con éxtasis y exclamó:

—Me vé! me oye... Perdónadme, Mothril; sospechaba de vos injustamente... Id, pues, á decir al Rey que estoy pronta á seguiros.

Mothril volvió los ojos hácia la llanura, vió la bandera, la reconoció, se puso pálido y dijo tartamudeando:

—Alla voy.

Y luego, así que hubo salido añadió:

—Que siempre me has de perseguir, maldito cristiano!... Oh! ya procuraré librarme de tí!

Evasion.

Don Pedro recibió á Aïssa en la plataforma, y á presencia de los testigos que ella habia deseado.

Su amor se espresó sin énfasis, sus deseos se entibiaban bastante con la idea de la próxima fuga.

Aïssa no tuvo porqué quejarse de Mothril en esta ocasion. Durante la conferencia no dejó de mirar un momento á la bienhadada bandera

de Mauleon, que ondeaba resplandeciente con los rayos del sol al estremo de las trincheras.

Aïssa veía bajo esta bandera á un hombre de armas, que desde léjos le parecia Agenor: así lo había calculado nuestro caballero.

Habiendo encontrado este medio de tranquilizar á Aïssa descubriéndola su presencia, y desviando Mothril sus sospechas de toda empresa oculta, había resuelto don Pedro que tres de sus mejores amigos estarían prontos para ir á reconocer por la noche la trinchera.

Habia un punto que parecia estar guardado con mayor negligencia que los demas: era este el lado del peñasco que caía sobre un barranco. Muchos opinaban que el Rey debía huir por este punto, descolgándose por un cable que se podía colocar en las ventanas de Aïssa, pero una vez en el suelo, no tendria el Rey caballo para alejarse rápidamente.

Resolvióse, pues, reconocer esas trincheras, por el punto mas débil, y desviando ó cosiendo á puñaladas los centinelas, abrirse un camino por donde huyese el rey montado en un buen caballo.

—Pero el sol prometia una noche clara, lo cual perjudicaba á la ejecucion del proyecto.

De repente, y como si la fortuna se propusiese favorecer las intenciones de don Pedro, un viento de oeste levantó torbellinos de arena en la llanura, y en el fondo del horizonte aparecieron nubes cenicientas, estendidas en grandes banderolas, como la vanguardia de un ejército terrible.

A medida que el sol se ponía detrás de las torres de Toledo, estas espesas nubes se ennegrecian, y cubrían el cielo como con una capa tenebrosa.

A las nueve de la noche cayó una abundante lluvia.

Tan pronto como el sol se puso, Agenor y Muzaron fueron á esconderse en la cueva del manantial.

Los hombres escogidos por el Tartamudo de Villena, habian abierto bajo la pared exterior de la muralla y en la tierra seca por la fuerza del sol, un sitio de cómodo y seguro refugio, de suerte que todo al rededor de Montiel habia un cordon no interrumpido de estos hombres ocultos.

Segun las órdenes de Agenor, que desde la marcha del condestable habia tomado la iniciativa en todo, habia centinelas colocadas de trecho en trecho, que en la apariencia custodiaban la linea de circunvalación.

La lluvia habia obligado á los centinelas á embozarse en sus capas; y muchos se habian acostado.

A las diez, Agenor y Muzaron sintieron estremecerse el peñasco

con pisadas de hombres.

Escucharon con atencion, y al fin vieron pasar á tres oficiales de don Pedro, que con mil precauciones, y mas bien arrastrándose que andando, esploraban la trinchera por un punto designado de autemano. De propósito se habia alejado de alli la centinela. No habia mas que un oficial escondido en la parte exterior de la muralla.

Los oficiales vieron que este punto no estaba guardado. Comunicáronse con gozo semejante descubrimiento, y Agenor les oyó darse el parabien volviendo á subir rápidamente la escalera.

Uno de ellos dijo á media voz:
—Está muy resbaladizo, y los caballos apenas podrán sostenerse al bajar.

—Sí, pero correrán mejor por la llanura, repuso el otro.

Estas palabras llenaron de júbilo el corazon de Agenor.

Mandó á Muzaron á la trinche-
ra á decir al oficial breton mas in-
mediato que iba á suceder algo de
nuevo.

El oficial oculto, comunicó la
noticia á su vecino, el cual hizo
otro tanto, y todo al rededor de
Montiel, circuló la noticia dada por
Agenor.

Apenas habia pasado media ho-
ra, cuando el caballero Mauleon
sintió en la cumbre de la plata-
forma el ruido que hacia el casco
de un caballo en la roca.

Parecióle que este ruido sonaba
en su corazon; tan viva y dolorosa
fue la impresion que le produjo.

El ruido se acercaba; y se sen-
tian mas pasos de caballos, aunque
solo Agenor y Muzaron los perci-
bian.

En efecto, el Rey habia dado
órden de que se envolviese en es-
topa el casco de los caballos para
que resonasen menos.

El Rey venia el último : un golpe de tos seca , que no pudo contener , descubrió su presencia.

Caminaba con gran trabajo , llevando de la brida su caballo , que se deslizaba con los pies de atrás por la rápida bajada.

A medida que los fugitivos pasaban por delante de la gruta , Muzaron y Agenor los reconocian. Cuando le tocó pasar á don Pedro , vieron perfectamente su semblante pálido , pero sereno.

Al llegar á la trinchera los dos primeros fugitivos , montaron á caballo y atravesaron el parapeto ; mas apenas habian andado diez pasos , cayeron en un foso preparado , donde veinte hombres de armas , echándoles una mordaza , los cogieron sin ruido.

Don Pedro , que nada sospechaba , subió tambien á su silla : de repente fue cogido por Agenor , que le oprimió con sus membrudos bra-

zos, mientras que su escudero le tapaba la boca con un cinturón.

Hecho esto, Muzaron picó al caballo con la afilada punta de su daga, el cual saltando por encima de la trinchera, huyó á paso largo por el quebrado terreno.

Don Pedro se batía con el vigor de la desesperación.

—Cuidado con lo que haceis, le dijo Agenor al oído, si meteis ruido, me veré obligado á mataros.

Don Pedro trató de pronunciar estas palabras sofocadas:

—Soy el Rey!... ¡trátame como á un caballero!...

—Bien sé que sois el Rey, dijo Agenor, y aquí os aguardaba. A fé de caballero, no sereis maltratado.

Cojió al príncipe sobre sus hombros, y atravesó la línea de los atrincheramientos, en medio de los oficiales que saltaban de gozo.

—Silencio, silencio! dijo Agenor,

nada de gritos! nada de algazara!
He hecho el negocio del condestable,
no hagais que yo pierda el mio.

Y condujo su prisionero á la tienda del Tartamudo de Villena, que se abalanzó á su cuello, y le abrazó tiernamente.

—Pronto! pronto! exclamó el capitán, que salgan mensajeros á buscar al Rey, que está delante de Toledo, y al condestable que está en el campo, para decirles que la guerra se ha concluido.

Una dificultad.

Mientras que todo el campo de los bretones pasaba la noche en la embriaguez del triunfo, y don Pedro en las agonias del terror, algunos caballeros montados en los mejores caballos del ejército, iban á prevenir lo que sucedia á don Enrique y al condestable.

Agenor habia pasado la noche al lado del prisionero, el cual, en-

cerrándose en un silencio feróz , rehusaba cuantos consuelos y socorros se le ofrecian.

No se podia dejar atado á un Rey , á un capitán : desataron , pues , al prisionero despues de haberle exigido su palabra de caballero , de que no haria ninguna tentativa para huir.

—Sin embargo , dijo el Tartamudo á sus oficiales , ya se sabe lo que vale la palabra del Rey don Pedro : doblad la guardia , y haced que la tienda esté cerrada en tales términos , que le sea imposible hasta el pensar en fugarse.

Encontraron al condestable á tres leguas de Montiel persiguiendo los restos del ejército vencido la antevispera , y completando con un botin de prisioneros de costoso rescate , el señalado triunfo de tan importante jornada.

Porque los toledanos se habian negado á abrir sus puertas á los ven-

cidos, á pesar de ser sus aliados: tal era el miedo que tenían á un ardid, de los que eran tan comunes en aquellos tiempos bárbaros, en que tantas plazas se tomaban por la astucia como por la fuerza.

No bien supo el condestable la noticia, exclamó:

— Ese Mauleon tiene mas talento que nosotros!

Y eucaminó su caballo hácia Montiel con una alegría difícil de pintar.

Apenas llegó, á la hora en que la luz del nuevo dia doraba las cimas de las montañas, cogió el condestable en sus brazos á Mauleon lleno de modestia á pesar de su triunfo.

— Gracias señor, le dijo, por vuestra animosa perseverancia y por vuestra esquisita perspicacia; dónde está el prisionero? añadió.

— En la tienda del Tartamudo de Villeua, respondió Mauleon, pero

duerme ó finje dormir.

—Yo no quiero verle, dijo Beltran; conviene que la primera persona con quien pueda hablar don Pedro, sea don Enrique, su dueño y su vencedor. ¿Se le ha puesto buena guardia? Ciertos espíritus malévolos, no necesitan mas que encomendarse al diablo, para obtener su libertad.

—Hay treinta caballeros, señor, al rededor de la tienda respondió Agenor. Don Pedro no escapará, á no ser que un ángel de Satanás lo coja por los cabellos, como le sucedió en otro tiempo al profeta Habacuc; y aun así, le veríamos marchar.....

—Y yo le enviaria al aire, dijo Muzaron, un buen recado, que le haria volver mas que de prisa al infierno ante el ángel de las tinieblas.

—Que me pongan un lecho de campaña delante de la tienda, dijo

el condestable. Tambien yo quiero, como los demas, hacer la guardia al prisionero para presentárselo á don Enrique?

Obedecieron al condestable, y su lecho de tablas de brezo fué colocado á la puerta de la misma tienda.

— A propósito, dijo Beltran, como es un perro descreido, seria capaz de suicidarse: ¿se le han quitado las armas?

— No se han atrevido á hacerlo, señor: es una cabeza sagrada: ha sido proclamado Rey delante de los altares de Dios.

— Eso es muy justo: ademas, hasta que se reciban las primeras órdenes de don Enrique, se le debe tributar el mayor respeto y consideracion.

— Ya veis, señor, dijo Mauleon, como ese español mentia, cuando os aseguraba que don Pedro no estaba en Montiel.

—Ya haremos colgar á ese español y á toda la guarnicion, dijo con mucha formalidad el Tartamudo de Villena. Mintiendo, ha librado al condestable de su palabra.

—Monseñor, replicó Mauleon, esos infelices soldados no son culpables de nada, cuando un gefe ordena. Además si se rinden, cometeríais un asesinato; y si no se rinden, no se les cojerá.

—Se les sitiará por hambre, replicó el condestable.

La idea de ver morir de hambre á Aïssa sacó á Mauleon de los límites de su discrecion natural.

—Oh! señor, no cometeréis semejante crueldad.

—Castigaremos la mentira y la deslealtad, dijo el condestable. Además, ¿no debemos alegrarnos de que esta mentira nos proporcione la ocasion de castigar al moro Mothril? Voy á mandar un parlamentario á ese miserable, para anunciarle que

don Pedro está cojido: que fué cojido, porque estaba en Montiel; que por consiguiente me engañaron, y que para dar un ejemplar castigo á todos los felones, la guarnicion será diezmada en caso de rendirse, ó reducida á perecer de hambre sino quiere rendirse.

—Y Aïssa? exclamó Mauleon, pálido de inquietud y de amor.

—Entiédase que con las mugeres no va nada, repitió Duguesclin; pues maldito sea el guerrero que no perdona á los ancianos, a las mugeres y á los niños!

—Pero Mothril no perdonará á Aïssa, porque eso equivaldria á dejarla al primero que llegase; vos no le conoceis, la matará.... Vos, señor, me habeis prometido darme lo que yo os pidiere; ahora bien; nada mas os pido, que la vida de Aïssa.

—Y yo os la concedo, amigo mio; pero ¿cómo hareis para salvar-

la?

—Yo suplicaria á vuesa señoría que no enviase á Mothril mas parlamentario que yo, dejándome en libertad de hacerle las proposiciones... De este modo respondo, que tanto el moro como su guarnicion, se someterán sin tardanza... Pero, compadeceos, Monseñor, de la vida de los infelices soldados, que nada han hecho por voluntad propia!

—Conozco que es menester rendirse. Harto me habeis servido, para que yo pueda negaros la menor cosa. El Rey, por su parte, os debe tanto como yo, puesto que habeis cojido á don Pedro, sin lo cual nuestro triunfo de ayer hubiera sido incompleto. Por consiguiente, tanto en su nombre como en el mio, puedo daros lo que deseais: Aïssa os pertenece: los soldados y hasta los gefes de la guarnicion, conservarán sus vidas y sus equipages; pero Mo-

thrill será colgado.

— Señor...

— Oh! en cuanto eso, no os canséis en pedirme, porque nada obtendréis... !Ofenderia á Dios, si perdonase á tan insigne malvado!

— Monseñor, la primera cosa que va á preguntarme, es si salvará su vida, ¿ qué habré de responderle?

— Le respondereis lo que os acomode, señor de Mauleon.

— Pero vos le hubierais perdonado, según las condiciones de la tregua pactada con Rodrigo Sanatrias.

— A él!... jamas!... Yo he dicho, á la guarnicion. Mothrill es un sarraceno, que yo no cuento entre los defensores del castillo; además, ya os he dicho, que tengo que ajustar una cuenta con Dios. Ya que os he concedido á Aïssa, nada más teneis que hacer, amigo mio. Dejadme obrar.

— Permitidme, señor, que vuel-

va á suplicáaroslo... Sí, el moro es un miserable, y Dios mirará con ojos propicios su castigo; pero está desarmado; ya no puede hacernos daño...

— Todo lo que digais es como si hablarais á una estatua, señor de Mauleon, respondió el condestable. Os ruego que me dejéis descansar. En cuanto á las proposiciones que habeis de hacer á la guarnicion, os lo dejo enteramente á vuestro albedrío. ¡Podeis marcharos!

Ya no habia que replicar. Agenor sabia demasiado que comprometido Duguesclin en un proyecto permanecia inflexible y no volvia pies atrás.

Conocia tambien que Mothril, al saber que don Pedro habia caido en poder de los bretones, no perdonaria á nadie, porque sabia que otro tanto habian de hacer con él.

— Mothril era, en efecto, uno

de esos hombres que saben sufrir el peso del odio que inspiran y someterse á sus consecuencias. Implacable con los demas, se resignaba á no admitir perdon de nadie.

—Ademas, jamas consentiria Mothril en entregar á Aïssa.

La posicion de Agenor era de las mas dificiles.

—Si miento, decia, me deshonoró: si ofrezco á Mothril la vida y no cumplo mi palabra, me hago indigno del amor de una muger y de la estimacion de los hombres.

Sumido se hallaba en tan crueles alternativas, cuando las trompetas anunciaron la llegada de don Enrique delante de la tienda.

Era ya muy de dia y veíase desde el campamento la plataforma, donde Mothril y don Rodrigo Saatrias se paseaban, conversando con viveza.

—Lo que no ha querido concede

ros el condestable, dijo Muzaron á su señor, á quien veia lleno de tristeza, os lo concederá el Rey don Enrique: pedid y obtendreis; qué importa la boca que diga sí, con tal que podais repetírselo al moro sin faltar á la verdad?

—Probemos, dijo Agenor.

Y fue á arrodillarse cerca del estribo de don Enrique, á quien ayudaba á apearse un escudero.

—Con que, segun parece, tenemos buenas noticias, dijo el Rey.

—Sí, Monseñor...

—Quiero recompensaros, Maulleon, pedidme un condado si quereis.

—Os pido la vida de Mothril.

—Eso es mas que un condado, respondió don Enrique; pero desde luego os la concedo.

—Marchad pronto, señor, dijo Muzaron al oido de su amo, porque viene el condestable y seria demasiado tarde si lo oyese.

Agenor besó la mano del Rey que echando pie á tierra exclamó:

—Buen dia, querido condestable, parece que el traidor está cogido.

—Si, Monseñor, dijo Beltran, haciendo como que no habia visto á Agenor hablando con don Enrique.

El jóven echó á correr, como si llevase un tesoro. En calidad de parlamentario, tenia derecho á llevarse consigo dos trompetas: las escogió, pues; mandó que se le adelantaran, y seguido de su inseparable Muzaron, emprendió su expedicion hasta la primera puerta del castillo.

Diplomacia del amor.

No tardaron en abrir á Agenor la puerta del castillo, y pudo juzgar de las dificultades del terreno, durante su marcha.

A veces, el sendero no tenia mas de un pie de ancho, y las rocas caian perpendicularmente á uno y otro lado; de modo que los bretones, poco acostumbrados á las montañas, sentian que el vértigo se

apoderaba de ellos.

— Señor, el amor nos hace muy imprudentes, dijo Muzaron á su amo. En fin!... Dios sobre todo!

— Te olvidas de que nuestras personas son inviolables?

— Cuidado, señor, que no hay que andarse en fiestas con ese maldito moro, para quien no hay cosa alguna inviolable sobre la tierra!

Agenor impuso silencio á su escudero, continuó trepando mas bien que andando, y llegó á la plataforma, donde Mothril le aguardaba, habiéndole reconocido durante la subida.

— El francés! murmuró: qué significa su presencia en este castillo?

Sonaron las trompetas, y Mothril hizo una seña que le escuchaba.

— Vengo, dijo Agenor, de parte del condestable, para decirte lo siguiente:

Yo habia concluido una tregua con mis enemigos, con la condicion de que nadie saldria del castillo... Habia concedido la conservacion de la vida á todo el mundo, mediante esta condicion; hoy tengo que mudar de dictámen, puesto que vos habeis faltado á vuestra palabra.

Mothril se puso pálido, y replicó:

—En qué?

—Esta noche, continuó Agenor, tres caballeros han pasado la trinchera, á pesar de nuestras centinelas.

—Y bien! dijo Mothril haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, es menester castigarlos de muerte... porque son perjuros.

—Nada mas fácil, dijo Agenor, si se les hubiese capturado; pero han huido...

—Cómo no los habeis arrestado? exclamó Mothril no pudiendo con-

tener su alegría, despues de haber sentido una inquietud extraordinaria.

—Porque nuestros guardias se fiaban en vuestra palabra, velaban con menos actividad que la acostumbrada, y porque segun el racionio del señor Rodrigo que está con vosotros, ninguno tenia interés en huir, puesto que todos tenian aseguradas sus vidas...

—Y qué deduces de eso? dijo el moro.

—Que cambiando alguna cosa de las condiciones de la tregua...

—Ah! ya lo sospechaba, replicó Mothril amargamente. La clemencia de los cristianos es frágil como un vaso de vidrio; es preciso tener cuidado de no romperlo al tiempo de beber. Tú vienes á decirnos que muchos soldados... ¿son esos soldados?... habiéndose escapado de Montiel, te verás obligado á darnos á todos la muerte.

—Y desde luego, sarraceno!... dijo Agenor herido por esta suposición y por la censura que envolvía, ¡desde luego debes saber quiénes son los fugitivos!

—Cómo puedo saber eso?

—Cuenta tu guarnición.

—No soy yo quien la manda.

—Cómo! ¿no formas tú parte de la guarnición? dijo Agenor con viveza: en ese caso no estarás comprendido en la tregua.

—Eres demasiado astuto para ser tan joven.

—He llegado á serlo por desconfianza á fuerza de ver sarracenos; pero, ¿qué respondes?

—Yo soy el jefe, en efecto, dijo Mothril, temiendo ya perder las ventajas de una capitulación, si es que había alguna posible.

—Ya ves, que tenía razón en ser astuto, puesto que tú mentías... Pero no tratamos ya de eso. Tú confiesas que se ha faltado á las

condiciones.

—Tú eres quien lo dice, cristiano.

—Y tú debes creerme, añadió Mauleon con altivez... hé aquí la orden del condestable, nuestro gefe: la plaza se rendirá hoy mismo, ó se dará principio á un riguroso bloqueo.

—Todo eso tenemos?

—Ni mas, ni menos.

—Se quiere rendirnos por hambre?

—Sí.

—Y si queremos morir!

—Sois libres.

Mothril miraba á Agenor con cierta espresion particular, que este comprendió perfectamente.

—Todos? dijo, recalcando sobre esta palabra...

—Todos replicó Mauleon... pero si moris, será porque lo quereis... Don Pedro no os socorrerá, podeis creerme.

—Lo crees tú?

—Seguro estoy de ello...

—Por qué?

—Porque tenemos un ejército que oponerle, y él no lo tiene, y antes que llegue el día de reorganizarlo, ya habreis perecido de hambre.

—Raciocinas muy bien, cristiano.

—Salvad, pues, vuestra vida, que eso está en vuestro poder.

—Ah! ¿tú nos ofreces la vida?

—Os la ofrezco.

—Bajo la fé de quien? ¿del condestable?

—Bajo la fé del Rey, que acaba de llegar.

—En efecto, acaba de llegar, dijo Mothril con inquietud, pero yo no lo veo.

—Mira su tienda... ó mas bien la del Tartamudo de Villena.

—Sí... sí... ¿estás seguro de que nos concederán la vida?

—Yo te la garantizo.

—Y á mí tambien!

—A tí tambien... Mothril; he obtenido la palabra del Rey.

—Y podremos retirarnos á donde queramos?

—A donde querais.

—Con nuestros bagajes y haberes!

—Sí, sarraceno.

—Eso es muy bueno!...

—No lo crees?... tú estás loco; ¿á qué te suplicaríamos hoy que te entregues á nosotros, cuando permaneciendo aquí un mes, te habríamos de cojer muerto ó vivo?

—Ob! vosotros podeis temer á don Pedro.

—Te puedo asegurar que no le tememos.

—Cristiano, voy á reflexionar.

—Si dentro de dos horas no te has rendido, dijo el jóven con impaciencia, considerate como muerto. La muralla de hierro no se abrirá mas.

—Bien, bien! Dos horas! no es una gran generosidad, dijo Mothril, interrogando al horizonte con ansiedad, como si del fondo de la llanura esperase algun salvador.

—Eso es lo que respondes? preguntó Agenor.

—Dentro de dos horas, murmuró Mothril distraido.

—Oh! señor, él se rendirá; vos le habeis convencido, le dijo Muzaron á su amo al oido.

De repente miró Mothril hácia el campo de los bretones, con una atencion que no tataba de disimular.

—Oh! oh! murmuró, señalando á Rodrigo la tienda del Tartamudo de Villena.

El español se arrimo al parapeto para ver mejor.

—Tus cristianos se despedazan unos á otros, dijo Mothril, á lo que parece: mira como corren hácia aquella tienda.

En efecto, una multitud de soldados y oficiales, corrian hácia la tienda, dando muestrás de la mas viva ansiedad.

La tienda se agitaba, como si fuese sacudida interiormente por los esfuerzos de una lucha.

Agenor vió al coudestable precipitarse á ella con un gesto de cólera.

—Algo terrible pasa en la tienda donde está don Pedro, exclamó; partamos, Muzaron.

La atencion del moro estaba distraida por este movimiento incomprendible. La de Rodrigo lo estaba mas aun. Agenor se aprovechó de su olvido para bajar con sus bretones por la escabrosa cuesta. En medio del camino oyó un grito espantoso que subia al cielo desde la llanura.

Era tiempo de que llegase á las barreras: apenas se cerró tras él la última puerta, oyóse la voz atro-

nadora de Mothril que gritaba:

—Alá! Alá! el traidor me engañaba. El Rey don Pedro ha sido cojido. Alá! deténgase al frances y que nos sirva de rehen. A las puertas! cerrad! cerrad!

Pero Agenor acababa de pasar la trinchara: estaba ya en seguridad y podia presenciar por completo, el terrible espectáculo que acababa de ver el moro, desde lo alto de la plataforma.

—Misericordia! dijo Agenor temblando y levantados los brazos al cielo, si hubiésemos tardado un minuto mas, nos cojian y estábamos perdidos: lo que yo veo en aquella tienda, hubiera disculpado á Mothril y á sus mas sangrientas re-

De lo que se veia en la tienda del Tartamudo de Villena.

El Rey don Enrique , despues de haber dejado á Agenor y de haberle concedido el perdon de Mothril, se limpió el rostro , y dijo al condestable:

—Amigo mio , el corazon me palpita con violencia. Voy á ver humillado al que aborrezco de muerte;

es una satisfaccion , mezclada de amargura , que en estos momentos no puedo esplicarme.

—Eso prueba , señor , dijo el condestable , que el corazon de V. M. es noble y grande ; de otra suerte, el gozo del triunfo acallaria los demas respetos.

—Raro es , añadió el Rey , que no me sea dado entrar en esta tienda sino con desconfianza , y con el corazon oprimido... Cómo está?

—Señor , está sentado en un taburete ; tiene la cabeza cojida con ambas manos ; parece hallarse muy abatido.

Enrique de Trastamara hizo una señal , y todos se retiraron.

—Condestable , dijo en voz baja, os ruego que me deis un consejo. Yo quiero conservarle la vida ! que será mejor ; que le destierre , ó que le guarde en una fortaleza?

—No me pidais á mí consejos, señor , dijo el condestable porque

me veria muy comprometido para dároslos. Vos sois mas discreto que yo ; y vais á hallaros frente á un hermano. Dios os inspirará.

—Vuestras palabras me servirán de norte , condestable : gracias.

Levantó el Rey el lienzo que cerraba la tienda , y entró.

Don Pedro estaba en la misma postura , que Duguesclin habia descrito al Rey ; pero su desesperacion no era ya silenciosa , demostrábala exteriormente con exclamaciones , unas veces sofocadas , y otras estrepitosas. Parecia un principio de locura.

Las pisadas de don Enrique hicieron levantar la cabeza á don Pedro.

Tan pronto como reconoció á su vencedor por su magestuoso continente , y por su casco que figuraba un leon de oro , púsose furioso por demas.

—Vienes , exclamó , te atreves á

venir !.....

Enrique no contestó , y conservó su actitud reservada y su silencio.

—En vano te he llamado en la contienda , continuó don Pedro animándose por grados ; pero tú solo tienes valor para insultar á un adversario caído , y hasta en estos momentos te cubres el rostro para que yo no pueda ver tu palidez.

Don Enrique desató lentamente las presillas de su casco y lo puso encima de una mesa. Su rostro estaba pálido , en efecto ; pero sus ojos conservaban una tranquilidad y una dulzura á toda prueba.

Esta serenidad exasperó á don Pedro el cual se levantó diciendo:

—Sí , yo reconozco al bastardo de mi padre , al que se ha titulado Rey de Castilla , olvidándose de que no habrá otro Rey en Castilla , mientras yo viviere.

A los sangrientos ultrajes de su

enemigo, trató de oponer don Enrique una paciencia heroica, pero la cólera le iba subiendo por grados á la cabeza, y gruesas gotas de sudor frio comenzaban á surcar su rostro.

—Mirad lo que decís, exclamó con voz trémula; no os olvidéis de que estais en mi casa. Yo no os insulto, al paso que vos deshonrais vuestro nacimiento con palabras indignas de uno y otro.

—Bastardo! gritó don Pedro: bastardo... bastardo!

—Miserable! intentas por ventura desentadenar mi cólera?

—Oh, en cuanto á eso, estoy muy tranquilo, respondió don Pedro, acercándose con los ojos encendidos, y lívidos los labios. A buen seguro que no dejarás pasar tu cólera mas allá de lo que exija el cuidado de tu propia conservacion. Tienes miedo...

—Mientes! exclamó don Enrique

enfurecido.

Por toda respuesta, don Pedro cogió á don Enrique por la garganta, y don Enrique apretó á don Pedro con ambos brazos.

—Ah! decia el vencido, nos faltaba esta batalla; vas á ver como es decisiva.

Lucharon los dos príncipes con tal encarnizamiento, que la tienda se conmovió, los lienzos oscilaron, y al ruido acudió el condestable, el Tartamudo, y muchos oficiales.

Para entrar se vieron obligados ó romper con sus espadas los lienzos de la tienda. Los dos enemigos, enlazados como dos serpientes, estaban aferrados en las mismas cortinas con sus pies armados de punzantes espuelas.

Entonces se vió al descubierto lo interior de esta tienda, y la sangrienta lucha.

El condestable dió un grito ter-

rible.

Mil soldados volaron al instante en direccion de la tienda.

Entonces fue cuando Mothril pudo ver lo que pasaba desde lo alto de la plataforma: entonces Agenor de Mauleon comenzó á ver tambien desde el estremo de la trinchera.

Los dos adversarios rodaban y se retorcian con el ansia de apoderarse de un arma, no bien tenian un brazo libre.

Don Pedro fue el mas afortunado: consiguió poner debajo de sí á don Enrique de Trastamara, y sujetándole con una rodilla, sacó de su cintura una daga para herirle.

Pero el peligro dió fuerzas á don Enrique; hizo caer nuevamente á su hermano y le tuvo á su lado. Colocados asi al mismo nivel entrambos enemigos, se lanzaban al rostro el fuego devorador de su im-

potente cólera.

—Es preciso acabar, exclamó don Pedro, viendo que ninguno se atrevia á tocarles, pues tal era el horror de la situacion y el respeto á la magestad real, que los circunstantes estaban como petrificados. ¡Hoy no habrá Rey de Castilla, pero tampoco usurpador!... ¡Dejaré de reynar, pero me vengaré..... ¡Podrán matarme, pero no sin haber bebido antes tu sangre!...

Y con un vigor inesperado hizo rodar á su hermano cansado ya por tan terrible lucha, le apretó la garganta, y levantó la mano con intento de clavarle la daga.

Entonces Duguesclin, viendo que ya el puñal iba á traspasar la cota de malla, cogió con su membruda mano un pie de don Pedro, y le hizo perder el equilibrio. Este desgraciado rodó á su vez á los pies de don Enrique.

Yo no pongo Rey, ni quito Rey,

dijo el condestable con voz sorda y trémula, pero ayudo á mi señor.

Don Enrique, habiendo podido respirar, habia recuperado sus fuerzas y desenvainado su cuchillo.

Su movimiento fue el del relámpago. Hundió todo el acero en la garganta de don Pedro; un chorro de sangre saltó á los ojos del vencedor, ahogando el terrible grito que salia de los lábios de don Pedro.

Aljóse la mano del herido, sus ojos se oscurecieron, dejó caer hácia atrás su frente siniestramente contraída, y se sintió caer su cabeza sobre el suelo, como un cuerpo pesado.

—Oh! ¿qué habeis hecho? dijo Agenor, que se habia precipitado en la tienda, y miraba con los cabellos herizados el cadáver nadando en sangre, y el vencedor de rodillas, con el arma en la mano derecha,

mientras que con la izquierda trataba de sostenerse.

Un silencio espantoso reinaba en toda la asamblea.

El Rey asesino dejó caer su puñal ensangrentado.

Vióse entonces salir de debajo del cadáver un arroyo de sangre, y correr lentamente por la inclinación del terreno escabroso.

Todos retrocedieron ante esta sangre que aun humeaba, como si conservase todavía el fuego de la cólera y del odio.

Puesto en pie don Enrique se sentó en un rincón de la tienda, y ocultó entre sus manos su rostro melancólico: no podía soportar la claridad del día, ni las miradas de los circunstantes.

El condestable, tan sombrío como él, pero mas lleno de energía, se levantó con dulzura y despidió á los espectadores de esta terrible escena.

—Ciertamente, dijo, mas hubiera valido derramar esta sangre en la contienda con vuestra espada ó con vuestra hacha de guerra. Pero Dios sabe lo que se hace, y lo que él ha hecho cumplido está. Venid, señor, y recobraos un poco.

—El es quien ha querido morir, murmuró el Rey... Yo iba á perdonarle... Cuidad de que su cadáver no esté espuesto por mucho tiempo á las miradas de los curiosos... que una sepultura honrosa.....

—Señor, no penseis ya en nada de eso... olvidadlo; nosotros sabremos cumplir con nuestro deber.

El Rey se retiró delante de una fila de soldados silenciosos y consternados, y fué á ocultarse en otra tienda.

Duguesclin mandó venir al preoste de los bretones.

—Vas á cortar esta cabeza, le dijo mostrándole el cuerpo de don

Pedro, y vos, Tartamudo de Villena, la enviareis á Toledo. Es costumbre en este pais, para que los usurpadores del nombre de los muertos no tengan ya el derecho de venir á turbar el reino y la tranquilidad de los vivos.

Apenas habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando llegó un español de la fortaleza, á decir de parte del gobernador, que la guarnicion rendiria las armas á las ocho de la noche, conforme á las condiciones presentadas por el parlamentario del condestable.

La resolución del more.

Toda esta escena, tan rápida y terrible habia sido vista desde el castillo de Montiel, merced á la separacion de las cortinas de la tienda, y á la agitacion de los principales actores.

Se ha visto que en la conferencia de Agenor y Mothril á la vez que este atendia á las proposiciones del parlamentario, miraba frecuente-

mente hácia el lado de la llanura, á donde parecia atraer alguna cosa su atencion.

Agenor trataba de hacerle creer que los bretones ignoraban los nombres de los fugitivos de la noche anterior, y tambien que dichos fugitivos no habian sido capturados.

Esta noticia tranquilizó á Mothril sobre la suerte de don Pedro, porque la oscuridad de la noche debia impedir á las gentes del castillo ver los resultados de la evasion, y los bretones habian tratado de guardar silencio al hacer la captura.

Por consiguiente Mothril debia considerar á don Pedro en seguridad.

Asi es que principi6 desechando las preposiciones de Mauleon. Pero mirando luego hácia la llanura, vió tres caballos erantes por en medio de los matorrales, y reconoció entre ellos á no dudarlo al brioso alazan

blanco que don Pedro cabalgaba. Este noble animal, que habia conducido á su señor desde el campo de batalla de Montiel, debia sacarle con la velocidad del rayo fuera del alcance de sus enemigos.

Los bretones, en la embriaguez de su triunfo, habian cójido los caballeros y se habian dejado los caballos, que al verse libres, y asustados ademas con la precipitacion de sus agresores, habian huido de la trinchera, dirigiéndose al campo.

Todo el resto de la noche habian andado errantes paciando y retozando; pero al amanecer, el instinto ó la fidelidad les hizo volver hácia el castillo, donde Mothril los descubrió.

No habian vuelto por el camino circular por donde habian salido; de suerte que el barranco se encontraba entre ellos y el castillo, y como este barranco tenia una profundidad inmensa, era un obstáculo

que los animales no podían salvar.

Encubiertos á veces en las hendiduras de las rocas, miraban de cuando en cuando hácia Montiel, poniéndose á pacer en seguida los musgos y madroños resinosos, cuya fruta se parece á la fresa por el color y el aroma.

Cuando Mothril vió estos animales, púsose pálido y comenzó á dudar sobre las palabras de Agenor. Entonces trató de arreglar las condiciones, estipulando para sí la vida.

A poco rato apareció ante sus ojos de repente la escena de la tienda con todo su horroroso aparato. Reconoció el leon de oro de Enrique de Trastámara, la rubia cabellera de don Pedro, su semblante lleno de energía y vigor, y hasta conocia su voz cuando el último grito, grito de muerte y de desesperación, salió de su cortada garganta.

Entonces hubiera querido el moro tener á Agenor en su poder para convertirle en rehenes, ó para despedazar su cuerpo á girones, entonces se desesperó, y al ver que asesinaban á don Pedro, y no sabiendo la causa ni los resultados de la discusion, se consideró perdido, como instigador del Rey asesinado.

Desde este momento comprendió toda la táctica de Agenor.

Prometíale conservarle la vida para dejar que le asesinasen al salir de Montiel; y hacerse dueño absoluto de Aïssa para siempre.

—Puede ser que yo muera, dijo para sí el moro: sin embargo, procuraré vivir: pero en cuanto á la jóven, no la verás, no, cristiano maldito, ó la verás muerta conmigo!...

Convínose Mothril con Rodrigo en que ni una palabra dijese acerca de la muerte de don Pedro que ellos solos habian presenciado, y

en seguida mandó reunir los oficiales de la guarnición de Montiel.

Todos fueron de opinión que era necesario rendirse.

En vano trató Mothril de vencer á estos hombres que valían más la muerte que entregarse á discreción de los vencedores. Hasta Rodrigo combatió sus designios.

— Querían matar á don Pedro, dijo; tal vez querrán hacer lo mismo con algún otro grande; pero nosotros, á quienes han perdonado durante la pelea, nosotros que somos tan españoles como don Enrique por qué hemos de ser asesinados, cuando nos garantiza la palabra del condestable? Nosotros no somos sarracenos ni moros, é invocamos el mismo Dios que nuestros vencedores.

Pronto conoció Mothril que todo se había concluido. Con la resignación propia de su casa, bajó la cabeza y se encerró él solo en el cír-

culo de una terrible resolucion.

Rodrigo hizo proclamar que la guarnicion iba á rendirse al momento. Mothril pudo conseguir que la capitulacion no se verificase hasta la noche, y por última vez accedieron á sus deseos.

Entonces fue cuando el parlamentario vino á proponer á Duguesclin las ocho de la noche para la rendicion de la plaza.

Mothril se encerró en las habitaciones del gobernador para ponerse en oracion; antes dijo á Rodrigo:

—Dispondreis que salga la guarnicion á la hora convenida, es decir, á la noche: los soldados primero, despues los oficiales subalternos, y luego vos con los gefes: yo saldré el último con Aïssa.

Habiendo quedado solo Mothril, fue á abrir la puerta del cuarto de Aïssa.

—Ya veis, hija mia, le dijo;

que todo sucede como deseamos. Don Pedro no solamente ha partido, sino que ha muerto.

—Muerto! exclamó la jóven con una espresion de horror que contenia sin embargo un resto de duda.

—Venid, venid á verlo, dijo Mothril con una impasibilidad estoica

—Oh! murmuró Aïssa, vacilando entre el horror y el deseo de saber la verdad.

—No dudeis, no os pongais así, Aïssa; quiero que veais por vuestros propios ojos, cómo tratan los cristianos á sus adversarios vencidos y prisioneros, esos cristianos á quien amais tanto!...

Y sacó á la jóven de su habitacion, llevándola hasta la plataforma, desde donde le mostró la tienda del Tartamudo de Villena con el cadáver tendido.

En el mismo momento en que Aïssa, pálida y muda, contemplaba

tau horrible espectáculo , arrodillóse un hombre cerca del cadáver y con un golpe de machete breton separó la cabeza del tronco.

Aïssa dió un gran grito , y cayó casi desmayada en brazos de Mothril.

Conlújola este á su cuarto , y arrodillándose al pie del lecho donde Aïssa estaba tendida , exclamó:

— Ya lo vés , hïja mia , ya lo sabes. La suerte que ha cabido á don Pedro es la que á mi me espera !... Los cristianos me han propuesto una capitulacion , conservándonos las vidas ; pero tambien habian prometido la vida á don Pedro. Ahí tienes como cumplen su palabra... Tú eres jóven y sin experiencia ; pero tu corazon es puro , tu sentido recto ; por Dios te ruego que me aconsejes.

— Aconsejaros yo !...

— Tú conoces á un cristiano , tú...

—Y un cristiano, exclamó Aïssa, que no faltará á su palabra, y que os salvará, porque os ama.

—Lo crees así? dijo Motbril, moviendo siniestramente la cabeza.

—Estoy segura de ello, añadió la jóven con el entusiasmo del amor.

—Hija mia!... Sabes qué autoridad goza entre los suyos? repuso el moro: es un simple caballero, y sobre él, hay capitanes, generales; un condestable y un Rey! Convengo en que él querrá perdonarnos; pero como los demas son inexorables, nos matarán...

—A mí!... exclamó la jóven con un movimiento de egoismo que no pudo reprimir, y que mostró al moro el fondo del alma de Aïssa, es decir, el fondo del peligro, y la necesidad de una pronta resolución.

—No, la dijo, vos sois una jóven muy bella y codiciada. Esos apitanes, esos generales, ese sen-

destable y ese Rey, os perdonarán con la esperanza de merecer una sonrisa, ú otra recompensa mas lisonjera! Oh! los franceses y los españoles son muy galantes, añadió con fúnebre sonrisa... pero á mí... á mí, que me tienen por un hombre muy peligroso para ellos, me sacrificarán.

—Ya os he dicho que Agenor está allí y que defenderá mi honor á costa de su vida.

—Y si muriese, que seria de vos?

—Me acogerá á la muerte...

—Ah! yo veo la muerte con menos resignacion que vos, Aïssa, porque estoy mas cerca de ella.

—Os juro que os salvaré.

—Sobre qué me jurais?

—Sobre mi vida... Además, os aseguro que os equivocais sobre la influencia que puede tener Agenor. El Rey le ama: es un buen servidor del condestable; ya sabeis que

se le ha confiado una comision importante... en Soria.

—Sí, y vos lo sabeis tambien, Aïssa, á lo que parece, dijo el moro con una mirada llena de celos.

Aïssa se ruborizó de pudor y de temor, recordando que Soria era para ella un nombre de amor y de inefables delicias.

Y en seguida continuó:

—Mi caballero nos salvará á entrambos; si es preciso, yo le exigiré esta condicion...

—Oidme, pues, hija mia! exclamó el moro impaciente al ver que esta obstinacion amorosa le embrazaba á cada paso en el camino por donde queria precipitarse. Agenor es tan poco á propósito para salvarnos, que aqui ha estado no hace mucho...

—Ha venido aquí, esclamo Aïssa, y no me lo habeis advertido.....

Para llamar la atención de todos hácia vuestro amor!... Pobre jóven, os olvidais de vuestra dignidad!... Pues como decia, ha venido Agenor á suplicarme que buscase un medio de sustraeros á los últrajes de los cristianos. A este precio, me prometia defenderme.

—Ultrajes á mí!... A mí, que me haria cristiana!

Mothril dió un grito de rábía que luego reprimió una necesidad mas imperiosa.

—Cómo haré? continuó; aconsejadme, el tiempo urge. Ésta misma noche se entrega la plaza á los cristianos; esta misma noche me matarán, y vos pertenecereis á los gefes infieles como una parte del botin.

—Pero al fin, qué ha dicho Agenor?

—Ha propuesto un medio terrible, que os demostrará cuan grande es el peligro.

— Un medio de salvacion?

— Un medio de fuga.

— Hablad!

— Asomaos á esa ventana. Bien veis que por esta parte la ruta impracticable de Montiel está abierta en peña viva, y llega hasta el fondo del barranco, de tal modo que la vigilancia sobre este punto sería inútil, porque solo las aves volando, ó las culebras arrastrándose pueden subir ó bajar á lo largo de las rocas. Además, desde que los franceses no acechan á don Pedro, han dejado abandonado este punto.

Aïssa dirigió con asombro su vista á aquel abismo, teñido ya de negro, al aproximarse las sombras de la noche.

— Y bien? dijo.

— El frances me ha aconsejado que ate una cuerda á las barras de esta ventana, y que la deje caer hasta el abismo... como queriamos hacerlo con don Pedro, y como lo hu-

biera hecho en efecto sin la necesidad que tenia de encontrar abajo un caballo; me ha aconsejado que me ate con vos á la cuerda, y que deslizándome por los nudos, llegue hasta el barranco; mientras que el ejército de los cristianos esté ocupado en revelar á las puertas del castillo la guarnicion, que desfilará sin armas á las ocho de la noche.

Aïssa escuchó al moro, con ojos encendidos y labios trémulos, y volvió á mirar el oscuro abismo.

—Y Agenor fue quien os dió ese consejo? preguntó.

—Cuando hubiereis bajado, añadió Agenor, dijo Mothril continuando, yo os facilitaré los medios de huir...

—Cómo! nos abandonará... ¡me dejará sola con vos!...

Mothril se puso pálido...

—No, no, dijo. ¿Veis los tres caballos que pacen entre aquellos

al bustos y madroños, á la opuesta vertiente del barranco?

—Sí, sí, ya los veo.

—El frances ha cumplido ya la mitad de su promesa. Ha enviado los caballos que nos aguardan... Contadlos, Aïssa.

—Hay tres.

—Y entonces, cuántos huiremos?

—Oh, sí, sí, exclamó la jóven; vos, yo y él!... Oh, Mothril! Oh, por huir con él, bajaría yo á un abismo ardiendo!... Partiremos...

—No tendreis miedo?

—Pues no me aguarda él?

—Estad, pues, para el momento en que las trompetas y tambores anuncien la salida de la guarnicion.

—Y la cuerda!

—La cuerda?... ahí está. Es capaz de soportar un peso tres veces mayor que el vuestro; y en euanto á su largo, ya la he medido dejando caer una bala de plomo

en el extremo de un hilo hasta el fondo del abismo. Tendreis ánimo y fortaleza, Aïssa?

— Como si fuese á la fiesta de mis bodas con mi doncel, respondió la jóven embriagada de gozo.

La cabeza y el puño.

Llegó la noche y ocultó á Montiel con su manto.

A las ocho y media hizo señal la trompeta, y se vieron unas antorchas que bajaban procesionalmente por la escarpada y pedregosa senda que daba á la puerta principal.

Los soldados y oficiales se fueron presentando uno á uno, haciendo su sumision, siendo bien recibidos por

el condestable y por los gefes cristianos, que colocados cerca de la trinchera, inspeccionaban la salida de hombres y de bagajes.

De repente ocurrióle á Muzaron una idea: acercóse á su señor, y le dijo al oido:

Ese maldito sarraceno tiene tesoros; es capaz de arrojarlos á cualquier precipicio para que no nos aprovechemos de ellos. Voy á dar una vuelta al rededor de la plaza, yo que no tengo un gran placer estar viendo como desfilan estos malditos de españoles prisioneros.

—Vete, le contestó Agenor: pero hay un tesoro que Mothril no arrojará á ningun precipicio, y que para mí es el mas precioso tesoro que puede tener! Ese el que estoy acechando en esta puerta, y que recogeré tan pronto como se presentare.

—Eh! eh! exclamó Muzaron con cierto aire de siniestra duda, metiendose en seguida por entre los ma-

torrales del foso.

Los soldados seguían desfilando; luego entró la caballería; doscientos caballos tardan muchísimo tiempo en bajar uno á uno por caminos como el de Montiel.

La impaciencia devoraba el corazón de Mauleon. Un fatal presentimiento traspasaba su cabeza, como un puñal afilado.

—Cuán loco soy! pensaba: Mothril tiene mi palabra; sabe que está asegurada su vida; sabe que la menor desgracia ocurrida á esta jóven la espondría á los mas horribles tormentos. Además, Aïssa que debe haber visto mi bandera, habrá tomado sus precauciones... pronto vá á presentarse, voy á verla.... estaba loco...

De repente Agenor sintió que la mano de Muzaron le oprimía en el hombro.

—Señor, le dijo en voz baja el leal escudero, venid pronto...

—Qué novedad ocurre, que tan asustado te tiene?...

—Señor venid, os lo pido en nombre del cielo. Vá á suceder lo que yo habia previsto. El moro se escapa por una ventana.

—Y qué me importa?

—Me temo que os importa demasiado... los objetos que por allí saleu tienen las trazas de seres vivientes.

—Será menester dar uua voz de alarma...

—Guardaos bien de hacerlo!... El moro, si es él, se defenderá: matará á alguno; los soldados que son brutales y no son enamorados, á nadie perdonarán. Hagamos nosotros solos nuestro negocio.

—Tu estás loco! Muzaron; por unos miserables cofres quieres que yo pierda la primera mirada de Aïssa.

—Pues entonces voy yo solo, dijo Muzaron lleno de impaciencia: si

me matan, vuestra será la culpa.

Agenor no contestó una palabra. Separóse con indiferencia del grupo de los capitanes y se dirigió á la trinchera.

—Pronto, pronto; le gritó entonces su escudero, á ver si llegamos á tiempo...

Agenor redobló el paso. Pero nada era mas difícil que esta corrida por medio de abrojos, espinas y matorrales.

—Mirad! dijo Muzaron, mostrando á su señor una forma blanquecina que se deslizaba á lo largo del negro muro hácia el fondo del abismo.

El caballero dió un grito.

—Eres tú, Agenor? respondió una voz suavísima.

—Y ahora qué decis, señor? exclamó Muzaron.

—Oh! repuso Mauleon, corramos sin tardanza al borde del abismo y sorprendámosles.

—Agenor, Agenor? repitió la voz de Aïssa á quien Mothril trataba de reducir al silencio con enérgicas exhortaciones hechas en voz baja.

—Ocultémonos, señor, en la vuelta de la muralla y no hablemos.

—Es que huyen por allí!

—Oh! no tengais cuidado que á una jóven pronto se agarra, y sobre todo á una jóven como esa que solo desea que la encuentren. Ocultémonos, señor, vuelvo á deciros.

Entretanto se puso á escuchar Mothril como hace el tigre al salir de la caverna cuando lleva su presa entre los dientes.

No habiendo oido nada, recobró su serenidad, y bajó con paso veloz el declive del profundo foso.

Con una mano tenia á Aïssa y con la otra se agarraba á los arbustos y raices.

Llegó á la cresta, y tomó aliento.

Entonces Agenor se levantó gri-

tando:

—Aïssa! Aïssa!

—Segura estaba de que era él, respondió la jóven.

—El cristiano! murmuró Mothril furioso.

—Pero Agenor está hácia allí, dijo Aïssa tratando de desprenderse de los brazos del moro, para volar á los de su amante.

Por toda contestacion, Mothril la apretó con mas fuerza, llevándola hácia el lado donde habia visto el caballo de don Pedro.

Agenor corria, pero tropezaba á cada paso, en tanto que Mothril iba ganando terreno y acercándose á uno de los caballos.

—Por aquí! gritaba Aïssa! Ven, Mauleon, ven!

—Si hablas una palabra, mueres, le dijo el moro al oido. Quieres llamar la atencion de todo el mundo hácia esta parte con tus gritos estúpidos! Quiéres que tu amante

no pueda venir á encontrarnos?

Aïssa selló sus lábios.

Mothril encontró el caballo, lo agarró por la crin, montó en la silla y colocando en seguida á la jóven delante de sí, partió al galope.

Este caballo era de uno de los oficiales que habian sido cojidos con don Pedro.

Mauleon sintió el galope del caballo, y dió un bramido de cólera.

—Huye! hnye!... Aïssa! Aïssa! responde!

—Aquí estoy, aquí!... gritó la jóven, y su voz se perdió en los dobleces del velo con que Mothril cubrió sus lábios, á riesgo de ahogarla.

Lleno de desesperacion, Agenor quiso correr; pero sus rodillas flaquearon, y cayó sin aliento.

—Oh! Dios no me ayuda, murmuró.

—Señor! señor! aquí hay un caballo, gritó Muzaron; ánimo, ve-

nid, que ya lo tengo.

Agenor saltó de júbilo, recobró sus fuerzas y puso el pie en el estribo que Muzaron tenia en la mano.

En seguida partió como un relámpago en seguimiento de Mothril.

El caballo que le conducia, era aquel brioso alazan de las manchas de color de fuego, que no tenia rival en toda Andalucía; de suerte que, devorando el espacio, Agenor se acercaba á Mothril y decia á Aïssa:

—Animo! aquí estoy!

Mothril clavaba de cuando en cuando la punta de un puñal en los hijares de su caballo, que daba relinchos en fuerza del dolor que sentia.

—Entrégamela! no te haré mal, dijo Agenor, entrégamela, por el Dios en quien crees, yo te dejaré huir!

El moro respondió con una desdenosa sonrisa.

Aïssa! Aïssa! déjate caer de sus brazos, Aïssa!

—La jóven se ahogaba y rujia con desesperacion bajo la robusta mano que la sofocaba.

Por fin Mothril sintió por la espalda el devorador aliento del caballo de don Pedro. Agenor logró cojer el vestido de su amada, tirando con violencia hácia sí.

—Entrégamela, ó te mato! dijo al sarraceno.

—Suéltala, cristiano, ó eres muerto!

—Agenor envolvió su puño al rededor de la túnica de lana blanca y levantó su espada sobre Mothril: este con una puñalada dada oblicuamente, hirió la mano izquierda de Agenor.

Esta mano quedó envuelta en la túnica, y Agenor dió un grito tan terrible, que Muzaron al oírlo

desde léjos, bramó de cólera.

Motrhil se figuró que podia huir; pero quien le perseguia no era ya Agenor, sino el caballo cada vez mas animado, en la carrera: por otra parte, el enojo habia duplicado las fuerzas del jóven; su espada se levantó por segunda vez, y si Motrhil no hubiese ladeado su bridon, seguramente hubiera perecido.

—Entrégamela, sarraceno, dijo Agenor con voz apagada, ya ves que puedo matarte, entrégamela que es mia... yo la amo!

—Y yo tambien la amo! replicó Motrhil picando de nuevo á su bridon.

La voz de Muzaron traspasó las tinieblas. El leal escudero habia encontrado el tercer caballo, y cortando por medio de breñas y peñascos, volaba en auxilio de su señor.

—Animo, señor, aqui estoy! exclamó.

Motrhil se volvió, conociendo

que ya estaba perdido.

—Tú quieres esta jóven, dijo...

—Si, yo la quiero, y lo tendré!

—Pues bien, tómala.

El nombre de Agenor, acompañado de una especie de estertor comprimido, salió del velo, y un pesado cuerpo vino á rodar bajo los pies del caballo de Agenor con la túnica blanca de los largos pliegues ondulantes.

Mauleon se apeó para racoger lo que Motrhil le abandonaba.... arrojóse para abrazar este velo que encerraba á su querida.

Pero tan pronto como la vió, cayó en tierra axánime y sin conocimiento.

Cuando el alba vino á alumbrar con su blanquecina claridad esta horrorosa escena, veíase al caballero, pálido como un espectro, apoyando sus lábios cárdeos sobre los lábios frios y amoratados de una cabeza cortada, que el moro le ha-

bia arrojado.

A tres pasos lloraba Muzaron. El fiel escudero habia podido curar la herida de su señor, durante su largo desmayo ; y le habia salvado á pesar suyo.

A treinta pasos yacia Motrhil con las sienes traspasadas por la cierta y mortal flecha del valiente escudero , teniendo todavia en sus brazos el mutilado cadáver de Aissa.

Aun despues de muerto , se sonreia como satisfecho de su triunfo.

Dos caballos vagaban por aquellos tenebrosos lugares.

EPILOGO.

El buen caballero de la mano de hierro , se habia equivocado al decir que el relato de sus proezas y desventuras duraria ocho dias. En efecto , era de aquellos que cuentan pronto , porque tienen la palabra espedita y una imaginacion pintoresca : y en cuanto á su auditorio , jamas ha habido ninguno , que fuese mas inteligente , ni mas sen-

sible, entre todos los que hayan podido escuchar con interés á un narrador apasionado.

Merecia la pena de verse á cada uno de los asistentes, siguiendo con una pantomina equivalente á la relacion del caballero, todas las emociones que traducia á su language enérgico y sencillo á la vez.

Joan Froissard, con ojos humedecidos ó centellantes, devoraba cada una de las palabras que salian de sus lábios; hubiérase dicho que en su imaginacion se iban dibujando los lugares, el cielo, las escenas y todo cuanto comprendia se reflejaba en sus miradas inteligentes.

Mosen Espaing se estremecia con el relato de las batallas, como si hubiese oido los clarines de España ó las cornetas de los moros.

Solo é inmóvil, en el mas oscuro rincon, del gabinete, el escudero de Agenor guardaba un pro-

fundo silencio.

Con la cabeza inclinada sobre el pecho, cuando desfilaban tantos recuerdos iluminados por la brillante palabra de su señor, se incorporaba á veces, si se referian algunas de sus proezas, ó si el caballero se animaba en términos de hacer temer que se renovasen sus dolores.

Once horas, las largas horas de la noche, transcurrieron así, ó mas bien volaron como las chispas del sarmiento que ardia en la chimenea, como el humo de las lámparas y bugías que subia formando torbellinos sobre las cabezas de los oyentes.

Hacia el fin de la historia, los corazones estaban oprimidos, y de los ojos iban á desprenderse las lágrimas.

La voz del caballero de Mauleon, visiblemente turbada, pintaba cada emociion con tales rasgos,

como hace con una sola pincelada el artista inspirado.

Muzaron le dirigió una mirada dulce y melancólica, y con esa familiaridad mas propia de un amigo que de un criado, le dijo poniéndole una mano encima del hombro:

— Basta, basta, señor.

— Oh, murmuró el caballero, estas cenizas todavia no se han enfriado: removiéndolas quemar.

Dos gruesas lágrimas surcaban las mejillas del coronista, lágrimas de compasion y de interés sin duda, pero que un mal espíritu, de esos que se complacen en denigrar las mejores intenciones de los coronistas y romanceros, ha atribuido mas tarde al placer de haber oido tan bella relacion hecha por el mismo héroe de aquellas aventuras.

Cuando se hubo terminado la historia, el sol iluminaba ya el tejado de la hostería y los frondosos bosques.

Entonces pudo ver Joan Froisard la figura del caballero, y esta figura merecia toda la atencion de un hombre que estudia los hombres.

En su frente inteligente y noble, el pensamiento, ó mas bien el dolor, habia abierto una profunda arruga. Ya se estendian al extremo de los ojos esas redecillas divergentes que parecen los hilos destinados á tirar del párpado, como para cerrarlo violentamente antes de la muerte.

La mirada del bastardo no pidió aplausos ni consuelos á sus oyentes.

—Patética historia! dijo Froisard; bella pintura, escelente virtud!

—A la tumba con todo eso, señor, respondió el caballero, todo eso está ya muerto. Aïssa, aquella cabeza tan querida, no es la única por quien debo llorar: no todas mis

amistades han escojido el mismo campo para su sepultura. Cuando este, añadió el caballero designando con una tierna mirada á su escudero recostado sobre el respaldo de su silla, cuando este, que es mas viejo que yo, haya cerrado los ojos, ya no tendré á nadie sobre la tierra, y os juro por lo mas sagrado, que ya no vuelvo á amar á persona alguna; mi corazon ha muerto, señor Joan Froissard, por haber vivido demasiado en poco tiempo...

—Pero á Dios gracias! interrumpióle Muzaron, haciendo un esfuerzo para que su voz sofocada por la emocion, apareciese clara y libre: A Dios gracias, yo me encuentro admirablemente bueno, mi brazo está firme; mis ojos ven claro, la flecha que salga de mis manos llega hasta donde solia, y no me causa el caballo.

—Cuento, caballero, dijo Frois-

sard, con que permitireis á mi pluma mal cortada reproducir las brillantes proezas y los tiernos infortunios que acabo de oír de vuestros lábios: este será un grande honor para mí, y un placer dulce y amargo á la vez:

Mauleon se inclinó.

—Pero, por el amor de Jesus, buen caballero continuó Froissard, no os entregueis á la desesperacion. Todavía sois jóven, bello, debéis tener bienes de este mundo cual necesita un hombre noble y de buen corazon; los amigos no faltan jamas á los valientes.

El caballero meneó tristemente la cabeza.

Muzaron hizo un movimiento de hombros, que hubiera envidiado el estóico Epicteto, ó el incrédulo Pyrron.

—Cuando un hombre se ha distinguido por su valor en el ejército, continuó Froissard, en los con-

sejos de los príncipes por su sabiduría, cuando se reúne á la vez el brazo que ejecuta con valentía, y el espíritu que proyecta con seguridad; á ese hombre le buscan los demas; no es fácil acercarse mucho á la corte, sin obtener alguna gracia; y vos, señor de Maulleon, teneis dos córtés que os protejen y se disputan el placer de haceros rico y poderoso... La España ha precedido á la Francia? habeis preferido el condado ultramontano á la baronía en la patria?

—Señor Froissard, replicó Maulleon con mucha calma, y dando un profundo suspiro; muy grande fue el luto que cubrió la Francia el dia 13 de julio de 1380! En ese dia voló hácia el Criador un alma, que era de las mas nobles y generosas que Dios habia criado... Ah! señor Joan Froissard, al pasar se rozó con mi pecho, porque yo tenia entre mis brazos la cabeza de

valiente condestable, y esta cabeza se incorporó sobre mi seno.

—Ah! dijo Froissard.

—Ah! repitió Espaing santiguándose piadosamente, mientras que Muzaron fruncia el entrecejo para no enternecerse demasiado con tan sensible recuerdo.

—Sí, señor, una vez muerto en Castelneuf de Raudon, el condestable Beltran Duguesclin; ¡muerto!... él, que parecía el genio de las batallas... una vez sin jefe ya, y sin guía el ejército, sentí desfallecerme: había puesto yo mucho de mi vida en la suya, señor, y había reunido todas las fibras de mi corazón, de suerte, que me ligaban con el suyo como dos cuerdas anudadas.

—Aun teniais, caballero, el buen Rey Carlos el Sabio...

—He tenido que llorar su muerte en el momento en que todavía lloraba la del condestable; de en-

trambos golpes no podré reponerme jamas.

Colgué la espada y el broquel en las vigas de la casita, que me habia legado mi tio ; allí sepulté por espacio de cuatro años mi dolor y mis recuerdos.

Entretanto un nuevo reynado rejuvenecia la Francia ; yo veia pasar á veces alegres caballeros, y oia cantar las nuevas canciones de los menestrales... ¡ Ah , señor , qué heridas me abrian en el corazon aquellos trovadores que pasaban los Pirineos , cantando al triste son de la romauza estos versos españoles de la balada sobre doña Blanca de Borbon , y el gran maestro don Fadrique:

El Rey no me ha convado.

Con las vírgenes me roz.

Castilla , dí , qué te hice!

— ¡ Cómo , señor , todo eso no

os llevó á la corte de España, á ver al Rey Enrique que reynaba tan gloriosamente, y que tanto os amaba!

—Señor cronista, llegó el momento en que mi pobre cabeza no pensó mas que en España. Habia conservado de todas mis hazañas un recuerdo bastante triste para que pueda atribuirlo á sueños. Realmente, mi vida me parecia haber sido interrumpida por un profundo y largo sueño, y á no ser por Muzaron que á veces me decia:

—Si, señor, sí, nosotros hemos visto todo lo que cantan esas gentes. A no ser por Muzaron, repito, yo hubiera creído en la magia.

Todas las noches soñaba con España; veía á Toledo y á Montiel, la gruta desde donde vimos morir á Hafiz, donde vino á sentarse Caverley. Veía á Burgos y la magnificencia de la corte. ¡Soria! ¡Soria! señor, y los éxtasis de una pasión amorosa. Mi vida se consumía en deseos, y

en aversiones. Era torpeza, era una especie de calentura.

Un dia pasaron por el pais unas trompetas tocando. Eran los batallones de Monseñor Luis de Borbon, que se dirigian á España á la corte del Rey Enrique, el cual recelando ser vencido en la guerra con Portugal, habia solicitado los auxilios de la Francia.

El duque de Borbon oyó hablar de un caballero que habia guerreado en España, y que sabia muchas cosas secretas de la espedicion de las compañías. Yo ví entrar en mi casa pages y caballeros que llenaron mi patio, y causaron no poca admiracion á mis criados.

Hallábame á la sazón asomado á la ventana y apenas tuve tiempo de bajar para coger el estribo al príncipe. Entonces este con mucha cortesía me preguntó por mi herida y por mis aventuras: quiso oír contar la muerte de don Pedro, mi

combate con el moro; pero yo le oculté todo lo relativo á Aïssa.

Entusiasmado el duque, me rogó encarecidamente que le acompañase: estaba yo en uno de esos momentos de alucinamiento en que mi vida me parecía un sueño y tenía ansias de despertar. Por otra parte el sonido de las trompetas me embriagaba y Muzaron que está presente, se le hacia la boca agua, tenía ya en la mano su ballesta.

—Vamos, Mauleon, vamos! dijo el príncipe.

—Vaya luego, Monseñor, le respondí. También el Rey de España se alegrará de volver á verme.

Y partimos casi contentos; yo iba á saludar esa tierra que ha bebido mi sangre y la de mi querida... Oh! señores, muy bello es el recuerdo: muchas gentes no saben vivir mas que una vez, con gran trabajo recobran otros los dias que han perdido.

Quince dias despues de nuestra salida, estábamos en Búrgos, y á los otros quince en Segovia con la corte...

Volví á ver al Rey Enrique, muy anciano ya, pero siempre derecho y con aire magestuoso. Yo no sabia como explicar la secreta repugnancia que me alejaba de él, á quien tanto habia amado cuando la juventud en sus dorados dias me lo hacia ver noble y desgraciado, es decir perfecto... Al verle nuevamente, ví pintada en su rostro la crueldad y el disimulo.

—Ah! me dije á mi mismo, la corona es la que cambia asi el rostro y el alma.

Pero no era la corona la que habia cambiado á Enrique; era mi vista que sabia leer al través del brillo de la corona!

La primera cosa que el Rey enseñó al duque en Segovia fué la torre donde habia una jaula de

hierro, en que estaban encerrados los hijos de don Pedro y de doña Maria de Padilla. Infelices, que se criaban pálidos y hambrientos en el estrecho recinto de estas barras siempre insultados por la feroz sonrisa de un guarda ó de un visitador.

Uno de estos hijos, señores, era el vivo retrato de su pobre padre. Me dirigió una de esas miradas que me traspasaban el corazon, como si el alma de don Pedro se hubiese refugiado en este cuerpo; y sabiéndolo todo, me dirigiese silenciosamente las quejas de su muerte y de la desventura de su raza.

Este niño, ó mas bien ese jóven, no sabia nada sin embargo, y no me conocia; me miraba sin objeto, sin intencion; pero mi conciencia habló tanto mas, cuanto menos hablaba la de don Enrique.

En efecto, este príncipe, cogiendo al duque de Borbon por la

mano, lo llevó cerca de la jaula diciéndole.

—Ahi teneis los hijos del que mandó asesinar á vuestra hermana. Si quereis matarlos, yo os los entregaré.

A lo cual el duque contestó:

—Señor, los hijos no tienen culpa de los crímenes de su padre.

Yo ví al Rey fruncir el entrecejo, y mandar que cerrase la jaula.

De buena gana hubiera dado un abrazo al valiente duque. Asi, cuando despues del paseo, quiso Monseñor presentarme al Rey, que habia mirado tambien con atencion:

—No, no, le respondí, yo no podria hablarle!

Pero el Rey me habia conocido. Se acercó á mí delante de toda su córte, saludándome por mi nombre, lo cual en otras circunstancias me habria hecho llorar de gozo y de orgullo.

— Caballero , me dijo , tengo contraída con vos una promesa ; recordádmela.

— Nada , señor ; repuso balbuciente.

— Pues mañana yo hablaré por vos ! replicó el Rey con una graciosa sonrisa , que no me hizo olvidar su mirada cruel á los tiernos prisioneros.

Pero yo no aguardé á ese mañana. Habiéndome despedido del duque , partí sin pérdida de tiempo para Francia , y no me detuve en España mas que un cuarto de hora para decir una oracion sobre la tumba de Aïssa , cerca del castillo de Montiel.

Pobres hemos salido , ese valiente Muzaron y yo ; pobres hemos vuelto , cuando tantos otros han vuelto muy ricos. Hé aquí el fin de la historia , señor cronista. Agregad á esto que aguardo tranquilamente la hora de la muerte ; pues

solo asi puedo volver á reunirme con mis amigos.

Acababa de hacer mi peregrinacion anual á la tumba de mi tio, y me vuelvo á mi casa. Si pasais por allí, señores, sereis muy bien recibidos, y me hareis mucho honor. Es un pequeño castillo construido de piedra berroqueña: tiene dos torres, y un bosque lo domina. Cualquiera del pais puede enseñaroslo.

Dicho esto, Agenor de Mauleon, saludó cortesmente á Juan Froisard y á Espaing, pidió su caballo, y poco á poco con la mayor tranquilidad emprendió el camino de su casa, seguido de Muzaron que habia pagado el gasto.

—Ah! dijo Espaing viéndole caminar, qué bellas ocasiones han tenido estos hombres de otros tiempos! Qué época tan afortunada!... Qué buenos corazones!...

—Ocho dias necesitaré, dijo pa-

ra sí Froissard, para escribir todas estas cosas: el buen caballero tenía razón... y ojalá que pueda escribirlas tan bien como las ha contado.

FIN.



INDICE.

DEL TOMO OCTAVO.

Llega Mothril á Toledo.	5
Aïssa.	21
El sitio de Montiel.	46
La estratagema del vencido.	63
Evasion.	82
Una dificultad.	91
Diplomacia del amor.	104
De lo que se veia en la tienda del Tartamudo de Villena.	115
La resolucion del moro.	127
La cabeza y el puño.	144

INDEX

Bill, John of

[The following text is heavily obscured by a large, dense scribble in pencil or light ink, making it illegible.]

INDICE

DEL TOMO PRIMERO.

- De cómo supo Juan Froissard
la historia que vamos á re-
ferir. 5
- Como el Bastardo de Mauleon
encontró entre Pinchel y
Coimbra á un moro, del
cual quiso informarse acer-
ca del camino que debía se-
guir, y como el moro pasó
sin contestarle. 58
- De qué modo el caballero Age-
nor de Mauleon encontró á
Coimbra y el palacio de don
Fadrique gran Maestre de
Santiago, sin la ayuda del
moro. 91
- De qué manera notó Muzaron
que el moro hablaba á su

litera y que la litera le res- pondia.	135
El paso del rio.	192



EL BASTARDO

de

NAULEON.



VIII.



